



Hipótesis sobre el poblamiento en el Orinoco Medio durante el período proto-histórico temprano

Alexánder Mansutti Rodríguez

Introducción

El suceso más importante ocurrido en el Orinoco durante el periodo histórico comprendido entre los siglos XVI y XVIII fue la transformación radical del poblamiento indígena. La reflexión sobre este hecho se ha visto empañada por la pobreza de las fuentes y por la inercia heredada de la discusión entablada entre los seguidores y enemigos del R.P. Bartolomé de las Casas, unos empeñados en resaltar la magnitud del genocidio español contra los indígenas, otros decididos a demostrar que las poblaciones afectadas eran muy pequeñas y que por ende, el daño había sido menor y en todo caso comprensible en el marco de una gesta de conquista y dominación. La disputa ideológica ha reducido la polémica a tratar de mostrar la debilidad de los datos de los cronistas utilizados por los contrarios y obviaba la reconstrucción de los escenarios posibles del poblamiento, con todo lo que de conflictivas pudieran tener las fuentes, poniendo en juego técnicas diferentes al uso indiscriminado de las referencias históricas.

A partir de los trabajos de la escuela de Demografía Histórica de la Universidad de California, entre los que destacan los que hizo Cook solo (1976) o acompañado (Cook y Borah 1971) ¹, la discusión ha tomado nuevos derroteros. La utilización de los registros de población colo-

Nota del autor: El autor agradece al Instituto Caribe de Antropología y Sociología de la Fundación La Salle el apoyo dado a lo largo de 5 años que duraron los trabajos de campo asociados a esta investigación. Así mismo, agradece al CONICIT (Proyecto S1-1796) por el financiamiento parcial otorgado para su realización.

¹ Estos autores han tenido una prolífica pluma. Los dos textos que aquí citamos son los más importantes. Ellos contienen datos sobre la extensa bibliografía de estos autores.

nial y la instrumentación de modelos matemáticos para su procesamiento, permitió a estos autores demostrar para México y California que la catástrofe demográfica ocurrida era una realidad, independientemente de las posibles exageraciones del ilustre misionero dominico. Siguiendo una estrategia metodológica similar, Dobyns (1966: 415) asume estimados de población para la América Prehispánica que superan la cifra de cien millones y otras investigaciones en Brasil (Hopkins 1983: 214, 215; Beckerman 1979: 554; Ribeiro 1977: 130), en Colombia (Jaramillo Uribe 1964: 251-275; Morey 1979: 82; Colmenares 1970: 57, 61; Mora Camargo 1986/88:88), en Mojos (Denevan 1976: 212), en Chile (Hopkins 1983: 213) y en el Chaco (Clastres 1974: 85), entre otros, confirman la apreciación de un poblamiento prehispánico complejo, que contradice las prudentes estimaciones de Kroeber (1939: 166) y Steward (Steward 1949: 656; Steward y Faron 1959: 53) o las del último de los grandes defensores de la tesis del escaso poblamiento, Angel Rosenblat (1954, I: 102, 316).

Los trabajos realizados en ecología cultural han enriquecido nuestro conocimiento sobre los factores que regulan la densidad de población en un ambiente determinado y han permitido hacer nuevas estimaciones. Los artículos de Denevan (1966; 1970; 1976) sobre el tema son el mejor ejemplo de lo que afirmamos.

Los Morey, (Morey 1975; Morey 1979; Morey y Morey 1975) y Perera (1982; 1986) han intentado aprovechar estos caminos para crear nuevos frescos sobre la dinámica demográfica del Orinoco. Los primeros, a partir del análisis a profundidad de lo dicho por los cronistas han logrado una reconstrucción confiable de la historia de los llanos. Perera, por su parte, ha centrado su estudio sobre los patrones de asentamiento y el poblamiento en el Estado Amazonas de Venezuela. Para ello, ha tomado en cuenta crónicas, mapas y censos sobre el área y ha aplicado fórmulas para el cálculo de la capacidad de carga (Perera 1982: 89-90, 123-124; 1986: 164-165).

Asumiendo las severas limitaciones implícitas en una tarea como ésta, nosotros intentaremos mostrar un modelo de poblamiento proto-histórico² en el que, utilizando clasificadores ordinales,³ esbozaremos la relación entre variables ambientales y sociológicas y sus efectos sobre la distribución espacial de la población. Nuestro método se acerca más al cualitativo desarrollado por los Morey que al cuantitativo utilizado por Denevan y Perera.

² En el sentido de Borah (1970: 170) quién lo utiliza para designar el período posterior al contacto durante el cual una población aborigen cualquiera no tenía contactos con los europeos. Sin embargo, esta situación no impedía que llegaran hasta estos pueblos enfermedades, bienes o fenómenos sociales inducidos por la presencia europea.

³ Con ello queremos decir que no daremos, como se verá más adelante, valores numéricos para la densidad de población por hábitat y/o situación sociológica, sino valores que nos dan un orden, como por ejemplo, más población que o menos población que. Si alguien está interesado en dar un contenido numérico a estos valores, puede remitirse a Denevan 1976: 230.

El área de estudio es una fracción de la cuenca del Orinoco con una superficie de alrededor de 340.000 Km² cuyo límite septentrional es la línea diseñada por el curso principal de los ríos Apure y Orinoco, y su límite austral por la de los ríos Ventuari y Orinoco, y el conjunto de la cuenca del Atabapo. La frontera oriental está constituida por el curso principal de los ríos Cuchivero, Manapiare y Ventuari y la occidental por el pie de monte andino (Figura 1). Esta extensa superficie presenta dos paisajes dominantes: la sabana llanera y la selva húmeda tropical, que a su vez están integradas por una enorme cantidad de microambientes. Ella es también un área de fisonomía contrastada en la que coexisten grandes planicies con regiones montañosas que superan los dos mil metros de altitud.

Los ríos y asociaciones de aguas varían a uno y otro lado del Orinoco Medio. A la izquierda tenemos grandes cursos de aguas blancas como el Apure, el Meta, y el Guaviare que drenan desde los Andes, y que se intercalan con ríos de aguas negras como el Sinaruco, el Capanaparo y el Vichada que nacen y recogen su caudal en las extensas sabanas llaneras. En el lado derecho, sólo un río de aguas blancas, el Ventuari, contrasta con un conjunto de cuencas de aguas negras como las de los ríos Manapiare, Marieta, Sipapo, Cataniapo, Parguaza, Suapure y Cuchivero. Todos ellos drenan este sector del Escudo Guayanés cubierto casi en su totalidad por formas variadas de la selva húmeda tropical. En la proximidad del Orinoco, las asociaciones de aguas llegan a su máxima complejidad con la presencia de múltiples ríos y riachuelos de aguas negras drenando en ríos de aguas blancas, varzeas mezclándose con igapós, varzeas vecindando igapós. Resumiendo, estamos hablando de un territorio con características y potencialidades diferentes que exige ser parcelado atendiendo a criterios de mayor fineza que las oposiciones selva-sabana o planicie de inundación-interfluvial.

Los problemas metodológicos

Lograr a plenitud los objetivos planteados nos impone el manejo de un importante volumen de información que concierne a la ocupación diferencial de hábitats, la distribución de la población, los patrones tecnológicos de cada agrupamiento, los roles dentro del sistema de intercambios, las estrategias de movilidad y de utilización del territorio, y la densidad demográfica. Información que de acuerdo con Borah (1976: 23-24) es la base de un estudio de este tipo. Lamentablemente, es necesario reconocer que tener todo ello es imposible por el momento pues la información con que contamos es fragmentaria y pobre en cantidad y calidad.

Primero, porque para la época considerada, en el Orinoco Medio no se tienen ni registro civil, ni censos o registros parroquiales conocidos

Los cronistas no nos dejaron datos fidedignos que puedan ser utilizados para restablecer con exactitud el paisaje del poblamiento. En contraste, sus escritos están llenos de hipérbolos y de apreciaciones que contradicen abiertamente las de otros colegas suyos y en las que pueden leerse las continuas pugnas de intereses que caracterizaron la época (Gil 1989; Ramos 1988; González & Donis Ríos 1989). A estos inconvenientes debemos agregar que buena parte de los testimonios tempranos de la colonización permanecen en los diferentes archivos que guardan los documentos atinentes a este período y que los autores de aquellos que han sido impresos (Aguado 1915; Simón 1882; Herrera 1730; Castellanos 1886; Fernández de Oviedo 1992) no fueron testigos sino transmisores e intérpretes de situaciones que les había sido contadas por algunos de sus protagonistas o que ellos habían leído en actas y reportes. A ello se agrega que el Orinoco fue a partir de 1530 y durante dos siglos una construcción imaginaria deseada y temida (Alès & Pouillon 1992: 274-278): asiento posible de El Dorado mítico; lo era también de los temibles Kariña, de las Amazonas, de los hombres sin cabeza o *ewatpanoma*, y de los descendientes del Inca y de Manaure, el último gran cacique Caquetío. En él concurrían todas las condiciones para generar mitos y opiniones encontradas que repetidas por los cronistas dificultan tanto nuestra labor reconstructiva.

Finalizando la etapa armada de resistencia indígena, los jesuitas logran implantarse de manera segura en el Orinoco. De éste período, que comienza en 1731 y termina en 1767, resultan las mejores descripciones del río y su gente, descripciones que, a pesar de su calidad, deben ser consideradas con prudencia pues cuando Gumilla y Gilij escriben sus magnas obras, "El Orinoco ilustrado y defendido....." y el "*Saggio de storia americana*" en 1745 y 1770 respectivamente, la acción de las epidemias de nuevas enfermedades traídas del viejo mundo ya había tenido ocasión de devastar en varias oportunidades la cuenca,⁴ una buena parte de la población había sido sometida a la esclavitud para verse obligada a trabajar en las nuevas explotaciones agrícolas y mineras pertenecientes a los colonizadores, y muchas de las

⁴Por citar sólo un ejemplo, una epidemia de viruelas estalló en Yucatán, adonde el virus es llevado por un esclavo negro que viajaba en el barco de Pánfilo de Narvaez y que probablemente venía infectado de La Española donde se desarrollaba la enfermedad en ese momento. Esta ola sube al altiplano mexicano para llegar en 1520 a México, Tenochtitlán, donde devasta al ejército que debía hacer frente a las huestes de Cortés. Es muy probable que esta misma epidemia haya sido la que entre 1524 y 1527 afectó al Imperio Inca donde mató al mismo soberano, provocando una guerra civil que facilitó la labor colonizadora de Pizarro (Hopkins 1983: 205-209). Nada nos impide pensar que en su recorrido norte-sur, esta epidemia no se haya irradiado hacia los costados occidental y oriental de su ruta, utilizando para ello las vías más densamente pobladas, que en nuestro caso serían las de los ríos Meta y Apure. Y ésta no fue la única enfermedad transmisible aportada por la colonización, ni México el único foco infeccioso.

condiciones fundamentales de reproducción social de las sociedades aborígenes habían desaparecido o se estaban transformando. En consecuencia, las crónicas de los jesuitas del periodo de oro nos ofrecen datos valiosos para resaltar los puntos claves de la nueva estructura de poblaciones que estaba emergiendo sobre las ruinas del sistema de interdependencia regional del Orinoco, pero a su vez son deficientes si se tratara de hacer a partir de ellas la reconstrucción de la situación original. A pesar de estas limitaciones, nosotros no hemos tenido mejor opción que partir de la distribución espacial de las etnias mencionadas por los cronistas jesuitas para diseñar el modelo de poblamiento proto-histórico temprano.

La acción combinada de la escasez de registros de población y del desfase entre el momento que analizamos (principio del siglo XVI) y las fechas de las mejores descripciones del Orinoco (siglo XVIII), hace que la calidad de nuestra materia prima haga enrojecer al demógrafo y al geógrafo, habituados ambos a trabajar con datos confiables, y transforma nuestro esquema en una suerte de "rompecabezas para especialistas" del cual algunas piezas claves han sido diseñadas por nosotros a partir del tratamiento de información fragmentaria; otras son deducidas de estas piezas originales y un tercer sub-conjunto permanece vacío a la espera de mayores datos que nos permitan deducirlo. Tales deficiencias nos obligaron a desechar la utilización de técnicas de reconstrucción de poblaciones del pasado ya probadas en Demografía Histórica con éxito variable como la "proyección hacia atrás", "la proyección inversa generalizada" o "la proyección de tendencias" que exigen disponer de series de población confiables. ⁵

Esta situación nos obligó a utilizar procedimientos menos precisos. De entrada, hemos debido interpretar la información sobre el Orinoco Medio que nos fue aportada por los cronistas más tempranos. Esta información la hemos complementado con aquella que proviene de fuentes tardías, resultados arqueológicos y etnografías recientes sobre las regiones aledañas al área de estudio. Es evidente que hay importantes riesgos de error implícitos en nuestro procedimiento que eventualmente podrían imponer una revisión de los resultados más detallados. Sin embargo, confiamos en que las líneas maestras de nuestra interpretación permanecerán.

Si a pesar de todas las limitaciones impuestas intentamos la reconstrucción del poblamiento del Orinoco Medio, es porque consideramos que una tarea prioritaria en antropología de tierras bajas, es ver si las sociedades que hoy investigamos son la expresión más fiel del potencial aborígen de adaptación al manejo de las condiciones ambientales y socio-culturales en que se desenvuelven, o si por el

⁵ Una rica discusión sobre estos métodos puede encontrarse en Bonneuil 1991.

contrario, son tal como nosotros lo suponemos, la consecuencia de un severo proceso simplificador que comenzó con la llegada de los europeos.⁶ Las implicaciones teóricas que se desprenden del análisis de los resultados permitirían pensar en una cierta tendencia a naturalizar las sociedades indígenas, que lleva a convertirlas en meros artefactos pasivos sujetos a las presiones de las restricciones ambientales, no sólo como una lectura reductora de sus estructuras sino también como un reflejo del producto de la simplificación de las relaciones ambientales y socio-culturales de los sistemas sociales indígenas sobrevivientes.

Sistema regional y poblamiento en el Orinoco Medio entre los siglos XVI y XVII

El Orinoco Medio visto por los cronistas

En Mansutti 1987a y 1991 nosotros hemos registrado cincuenta y nueve grupos étnicos del Orinoco Medio nombrados por los cronistas de los siglos XVII, XVIII y comienzos del XIX. Algunos de ellos, como los Guahibo, Sálva, Achagua y Yaruro son citados con frecuencia. Otros, como los Pao, los Sereu y los Aquerecoto, apenas aparecen mencionados (Tabla 1). En este acápite y a partir de la información aportada desde las crónicas, intentaremos reflexionar sobre las características de los patrones de asentamiento del Orinoco Medio.

Las primeras descripciones de este río fueron dadas por los protagonistas de las expediciones de Diego de Ordáz en 1531 (Aguado 1915: 318-325; Tavera Acosta 1954: 40-43) y Alonso de Herrera en 1536 (Aguado 1915: 388, 405-409; Simón 1886, I: 128-140). Ordáz llega a un poblado de indios Guayano llamado Uriapari, asentado posiblemente donde se consigue hoy el pueblo de Barrancas y constituido por cuatrocientas casas comunitarias, habitada cada una por una parentela completa.⁷ Era un gran pueblo que podía tener una población de más de cuatro mil individuos.

Ordáz permanece junto con toda su tropa y ganado⁸ hasta que los vecinos, fastidiados, intentan atacarlo. Perdido el efecto sorpresa sin

⁶ Para una posición similar, véase a Beckerman 1979: 553.

⁷ Decimos parentela porque se trataba de núcleos de individuos y parejas estrechamente relacionados por el sistema de parentesco. Tomando en consideración que hoy encontramos entre los grupos sobrevivientes, a excepción de los Warao, formas del modelo dravidiano de parentesco, entonces es posible pensar que éste era también dominante para el período proto-histórico. Siendo así, estas parentelas referidas por los cronistas en Uriapari pueden haber estado conformadas de manera similar a como hoy se estructuran las churuatas comunitarias de los grupos más dispersos como los Piaroa.

⁸ Ordáz lleva consigo ocho naves repletas de hombres, caballos y cochinos. No es difícil imaginarse los desarreglos que tamaña y disforme visita podía ocasionar en el gran poblado.

TABLA 1
GRUPOS ETNICOS DEL ORINOCO MEDIO ENTRE LOS SIGLOS XVI Y XVII
CON ESPECIFICACION DE LAS AREAS DE OCUPACION, EL HABITAT, SU CULTIVO PRINCIPAL,
EL PATRON DE ASENTAMIENTO, EL TAMAÑO DE LA POBLACION Y EL PATRON DE MOVILIDAD

Grupo Etnico	Areas de Ocupación	Hábitat	Cultivo Principal	Patrón de Asentamiento	Tamaño de Población	Patrón de Movilidad
Guamo	Río Apure	Varzea	Maíz	Concentrado	Mediano	Sedentario
Pao	Río Apure	Varzea	Maíz	Concentrado	Pequeño	Sedentario
Atapaima	?	?	?	?	?	?
Achagua	Ríos Meta, Sinaruco, Vichada, Guaviare, Orinoco	Varzea o igapó	Maíz y yuca; yuca y maíz	Concentrado	Grande	Sedentario
Cataruveni	Ríos Orinoco y Vichada	Varzea o igapó	Yuca	Concentrado	Pequeño	Sedentario
Ucataquerri ¹	Río Orinoco	Varzea o igapó	Yuca (?)	?	Pequeño	Sedentario
Barria ¹	Río Orinoco	Varzea o igapó	Yuca	?	Pequeño	Sedentario
Parene	Ríos Guaviare y Mataveni y territorios intermedios	Varzea, igapó o interfluvial	Yuca	Concentrado	Pequeño	Sedentario
Ubasana ¹	?	?	?	?	?	Sedentario
Mussana ¹	?	?	?	?	?	Sedentario
Amarizane	Río Guaviare	?	Yuca	Concentrado	Pequeño	Sedentario
Camonigua	Río Guaviare	?	?	Comunitario	?	Sedentario
Cajuanaceni	Río Guaviare	?	?	?	?	Sedentario
Baminguo	Río Guaviare	?	?	?	?	Sedentario
Puinavi	Ríos Inirida y Ventuari	Varzea	Yuca	Comunitario	Pequeño	Sedentario
Curicuriveni	Airico	?	?	?	?	?
Pami	Airico y Barraguan	Varzea o igapó	Yuca	Comunitario	Pequeño	Sedentario
Guisaniva ²	Río Ariari	Varzea	Yuca	Comunitario	Pequeño	Sedentario
Chanape	Río Inirida	Interfluvial	Yuca	Comunitario	Pequeño	Sedentario
Caberre	Ríos Guaviare y Atabapo	Varzea o igapó	Yuca	Concentrado	Importante	Sedentario
Sivitene	Río Ventuari	Varzea	Yuca	Comunitario	Pequeño	Sedentario

Tabla 1 contin.

Grupo Etnico	Areas de Ocupación	Hábitat	Cultivo Principal	Patrón de Asentamiento	Tamaño de Población	Patrón de Movilidad
Davinavi ³	Río Atabapo	Igapó	Yuca	?	Pequeño	Sedentario
Docuravi ³	Río Inirida	Varzea	?	?	Pequeño	Sedentario
Veraquenavi	Río Atabapo	Interfluvial	Yuca	Comunitario	Pequeño	Sedentario
Equenavi ³	Río Atabapo	Interfluvial	Yuca	Comunitario	Pequeño	Sedentario
Mejepure	Ríos Sipapo y Ventuari	Igapó o varzea	Yuca	Comunitario	Importante	Sedentario
Maypure	Ríos Orinoco, Sipapo y Ventuari	Varzea, raudal y/ o igapos	Yuca	Concentrado o Comunitario	Importante	Sedentario
Quiruba	Ríos Sipapo y Ventuari	Varzea, raudal y/ o igapos	Yuca	Comunitario	Pequeño	Sedentario
Avani	Ríos Sipapo y Ventuari	Interfluvial o igapó	Yuca	Comunitario	Importante	Sedentario
Piaroa	Ríos Cuao, Cataniapo, Autana y Ventuari	Interfluvial	Yuca	Comunitario	Importante	Sedentario
Guiperueye	Río Sipapo	?	?	?	Pequeño	?
Sereu	Afluente del río Ventuari	Interfluvial	?	Comunitario	Pequeño	Semi-nómada
Ature	Río Orinoco	Raudal	No	Concentrado	mediana	Sedentario
Mapoyo	Ríos Orinoco, Parguaza y Suapure	Igapó e interfluvial	Yuca	Comunitario	Importante	Sedentario
Taparita	Río Apure	Varzea	Maíz	Concentrado	Pequeño	Sedentario
Quaquaro ⁴	Río Apure	?	?	?	?	?
Avaricoto	Ríos Orinoco y Apure	Varzea	?	Concentrado	Pequeño	Sedentario
Otomaco	Ríos Apure, Arauca, Orinoco Capanaparo y Sinaruco	Igapó y varzea	Maíz	Concentrado	Pequeño	Sedentario
Yaruro	Ríos Sinaruco y Capanaparo	Igapó y varzea	Maíz	Concentrado	Pequeño	Sedentario
Goarinao ⁵	Abajo del río Meta	Interfluvial	?	?	Pequeño	Sedentario
Chiripa	Abajo del río Meta	Interfluvial	?	?	Pequeño	?
Araparaba	Abajo del río Meta	Interfluvial	?	?	Pequeño	?
Maiba	Caño Cañapurra	Interfluvial	?	?	Pequeño	?

Tabla 1 contin.

Grupo Etnico	Areas de Ocupación	Hábitat	Cultivo Principal	Patrón de Asentamiento	Tamaño de Población	Patrón de Movilidad
Guahibo	Sabanas llaneras	Interfluvial	No	Disperso y móvil	Importante	Nómada
Cacatio	Ríos Meta, Orinoco y Guaviare	Varzea	Yuca ⁶	Concentrado	Pequeño	Sedentario
Sáliva	Ríos Meta, Orinoco, Guaviare y Vichada	Varzea o igapó	Yuca y maíz	Concentrado	Importante	Sedentario
Tamanaco	Ríos Cuchivero y Maniapure	Interfluvial	Yuca	Comunitario	Pequeño	Sedentario
Pareca	Ríos Suapure y Guaniamo	Interfluvial	Yuca	Comunitario	Pequeño	Sedentario
Quaqua	Ríos Orinoco y Cuchivero	Varzea o interfluvial	Yuca	Comunitario	Pequeño	Sedentario
Potuara	Río Cuchivero	Interfluvial	Yuca	Comunitario	Pequeño	Sedentario
Varaca-Pachili	Río Cuchivero	Interfluvial	Yuca	Comunitario	Pequeño	Sedentario
Oye	Río Cuchivero	Interfluvial	Yuca	Comunitario	Pequeño	Sedentario
Aikeam-benano ⁷	Río Cuchivero	Interfluvial	Yuca	Comunitario	Pequeño	Sedentario
Yabarana	Ríos Suapure y Maniapure	Interfluvial	Yuca	Comunitario	Importante	Sedentario
Mako-wirö	Ríos Sipapo, Guapuchi y Ventuari	Interfluvial	Yuca	Comunitario	Pequeño	Semi-nómada

Nota:

1. Probables Achagua
2. Probablemente Guahibo
3. Puede ser una fratria Arawaka
4. Bueno (1965:144) les dice nómadas
5. Probablemente Guamo
6. Eventualmente puede ser maíz
7. Amazonas. Aún sabiendo la carga mítica asociada a este grupo, decidimos dejarlo pues sacarlo implicaba excluir también a otros grupos mencionados por Gilij en el mismo contexto y que no tienen el aval de haber sido mencionados por otros cronistas

haber cumplido el cometido, los indígenas se aprovechan de la oscuridad de la noche para huir y quemar todo lo que podía ser de provecho para los enojosos visitantes. Ordáz se ve obligado a mudarse y buscar un nuevo emplazamiento donde aprovisionarse y preparar su expedición. Ello lo lleva a Caruao, otro poblado indígena pero de menores dimensiones, ubicado en el flanco derecho (río arriba) a ocho kilómetros de la ribera.⁹ Allí van a permanecer veinte días aprovechándose de la generosidad de sus anfitriones. Antes de continuar la subida del río, Ordáz, quien sospecha otro ataque, invita a los indios a una fiesta y hace quemar la casa donde reunía a cien de entre ellos. Mientras tanto, uno de sus lugartenientes, Juan González, avanza hasta la confluencia del Caroní donde ubica otro asentamiento (Tavera Acosta 1954: 40-41).

Ordáz continúa la penosa remontada del río durante cincuenta días hasta llegar a un gran raudal en las cercanías del Meta, que bien pudo haber sido el de Atures. Durante todo el recorrido ellos no volvieron a encontrar numerosos individuos ni grandes centros poblados como el de Uriapari; sólo mencionan indígenas en la confluencia del Meta con el Orinoco y un pequeño asentamiento al que llaman Caboruta, ubicado en el límite meridional del Orinoco Medio.¹⁰ Miembros de ambos agrupamientos atacaron a los españoles, repitiéndose así el gesto de los pobladores de Uriapari.

Decepcionados por los resultados, diezmados por los esfuerzos y alarmados por las noticias de grandes ejércitos indígenas asentados remontando el Meta, las huestes expedicionarias deciden regresar sobre sus pasos y preparar una expedición más numerosa para hacer frente a los retos de conquistar el nuevo Perú que se prometía (Figura 2).

Ordáz muere pero no sus planes. Durante el mes de mayo de 1535, Alonso de Herrera, su lugarteniente, intenta de nuevo la exploración del río. El repite los pasos de Ordáz hacia Uriapari y Caruao, para encontrar al primer pueblo destruido y al segundo abandonado. Sólo después que los indígenas de Caruao, todavía aterrorizados por los asesinatos cometidos por Ordáz, se dan cuenta que la visita va a permanecer mucho más tiempo del previsto, deciden salir de sus escondrijos ante la imposibilidad de mantenerse sin el producto de sus conucos. Algunos días después, Herrera, quién sospecha una traición de los indios, los somete a esclavitud mientras que los de los alrededores se aprestan a hacerle la guerra. Dos mil guerreros enfrentan a los españoles y, de nuevo, son derrotados.

⁹ Los cronistas hablan de dos leguas (Aguado 1915: 384; Simón 1882, I: 128).

¹⁰ Probablemente se refiere a la región del actual poblado de Cabruta que es donde el río Orinoco termina su inflexión hacia el oriente luego de haber bajado en dirección sur-norte a lo largo de seiscientos kilómetros.

Al comenzar la temporada seca Herrera decide continuar el remonte del río. Pocos días después se enfrentan a una armadilla Caribe, probablemente Karí'ña,¹¹ quienes regresaban con prisioneros de una de sus incursiones guerreras. Uno de estos cautivos era el hijo de un jefe, probablemente Otomaco,¹² quien, salvado por los españoles les servirá de guía durante el viaje.

Caboruta, donde Ordáz había derrotado a los indios, estaba abandonado cuando Herrera llega. Será necesario que sus hombres penetren unos cuantos kilómetros en tierra firme para que puedan encontrar otro pueblo de apenas doce o trece casas donde abastecerse de comida (Aguado 1915: 396).

El siguiente paso fue la búsqueda del pueblo al que pertenecía el hijo del jefe que había sido liberado. Suponemos que se encontraba cerca de la desembocadura del río Apure, un área de varzea en los llanos, y los cronistas nos cuentan (Aguado 1915: 396; Simón 1882; I: 136) que para encontrarlo fue necesario que los expedicionarios se adentraran ocho kilómetros desde la ribera. En ese momento, los hombres del poblado, más de una centena incluido el padre del indígena liberado, se habían ausentado para ir a unas "ferias comerciales".¹³

Cuando los indígenas regresan y luego de momentos de grave tensión, el pueblo ofrece a Herrera abastecimiento para continuar la subida del río Orinoco con rumbo al Meta, un río de fácil navegación cuyo curso conecta Guayana con los Andes y en cuyas cabeceras los informantes de Ordáz habían ubicado al gran país del oro. Algunos días después entran en el Meta donde empujaron sus naves a lo largo de más de cien kilómetros en los que sólo vieron asentamientos abandonados (Aguado 1915: 405) a consecuencia, quizás, de la epidemia de viruelas que por allí pudo pasar diez u once años antes. Cuando el remonte se hizo imposible por la falta de alimentos, los hombres de Herrera arriman sus naves y deciden internarse en tierra firme en búsqueda de asentamientos indígenas. Se encuentran entonces con un pueblo bien abastecido y lleno de gente donde permanecen dos meses hasta que los indios se sublevan y ocasionan la muerte de Herrera. Desaparecido el jefe, los españoles deciden regresar a su punto de partida pero, antes, se van algunos días lejos del curso principal del río

¹¹ Etnia dominante en el Orinoco Medio y Bajo. El valor guerrero de sus hombres, la práctica de la antropofagia ritual y la resistencia que ellos opondrán a los españoles los harán muy conocidos. Ocupaban una sección importante del Bajo Orinoco y las Guayanas, de donde salían regularmente sus armadillas para comerciar y/o hacer la guerra (Mansutti 1991: 24-25; Whitehead 1990: 149; Morales 1979: 82-88)

¹² Etnia de lengua independiente, enemiga de los Caribe, que ocupaba la sección de los Llanos comprendida entre los ríos Apure y Meta (Rivero 1956: 20; Tapia 1966: 208).

¹³ Siendo la temporada seca, es muy probable que estuviesen en la gran feria comercial que se realizaba por esas fechas en Atures (Tapia 1966: 175).

para abastecerse de maíz para el regreso, que realizan en apenas quince días.

He aquí lo que puede verse sobre poblamiento en las crónicas más tempranas sobre el Orinoco. Ellas nos dan la impresión de que nos encontramos con un gran río prácticamente despoblado a lo largo de mil kilómetros. Con la excepción del asentamiento de Uriapari, totalmente desproporcionado al contrastarlo con el resto de los centros poblados, sólo se nos refieren algunos pequeños asentamientos y dos sitios notables: Caruao, en el bajo Orinoco, y el pueblo del muchacho liberado, sitios ambos donde la presencia de cien hombres adultos nos permiten pensar en poblaciones probables de cuatrocientos individuos en cada una.

Una densidad tan baja contradice la evidencia arqueológica, que nos indica que estas regiones mantuvieron poblaciones considerables de agricultores durante largos períodos de tiempo (Roosevelt 1980; 1989; Meggers 1971; Sanoja Obediente 1979; Tarble 1985; Zucchi 1985).¹⁴ ¿Qué hace que una evidencia niegue a la otra? ¿qué es lo que hace decir a Aguado (1915: 325, 330) que este era un río donde escaseaban habitantes y alimentos?

Cuatro hechos explican esta circunstancia: de entrada, el Orinoco remonta su caudal todos los años alrededor de diecisiete metros y sus aguas invaden extensas superficies aledañas, lo cual deja fuera de inundación pocos sitios cerca de su cauce. Además, estos lugares permanecen aislados de tierra firme durante seis meses. Poeck (1974: 172), un misionero jesuita del último cuarto del siglo XVII y uno de los primeros en mantenerse en el Medio Orinoco varios años, atribuye a esta razón el despoblamiento de las regiones aledañas a la costa del río.

En segundo lugar, la horticultura practicada por los pueblos del Orinoco combinaba la siembra de maíz con la de yuca (Sanoja Obediente 1979: 193, 794; Roosevelt 1989: 46), la primera pudiendo aprovechar los suelos anualmente renovados de la planicie de inundación del Orinoco, mientras que la segunda era sólo realizable en los suelos de tierra firme. La escasez de tierras no sometidas a la crecida del Orinoco debió significar una restricción importante para el establecimiento de grandes asentamientos al borde de la ribera, aun cuando ello no explica la ausencia de plantaciones de maíz a lo largo de las playas, tal como acostumbra a hacerlo todavía los Kariña y campesinos que viven cerca del Orinoco.

Ello podría ser explicado por las dos razones restantes. En efecto, la guerra en la región era endémica (Mansutti 1991: 21-28). Por tanto,

¹⁴ Roosevelt (1980: 225-226), retomada en Zucchi (1985: 32), establece que la densidad de población pasa de 0.2 a 1.5 a 3.5 hab/km² en el Bajo Orinoco.

asentar los pueblos o plantaciones en las riberas de una autopista fluvial como el Orinoco a la vista del que por allí transitaba, era un riesgo extra (Ojer 1960: 72) al cual solamente podían hacer frente grandes asentamientos como Uriapari. De hecho, éste mismo es reportado destruido por un ataque de los Kari'ña cuando Herrera pasa por el sitio en 1535 (Aguado 1915: 383; Simón 1882,I: 128).

En cuarto lugar, y este argumento nos remite a una hipótesis sostenida en evidencias endeble, es posible que los efectos desorganizadores de la colonización ya hubieran comenzado a actuar en el curso del Orinoco antes de que allí se hiciera la primera entrada formal de los europeos. En efecto, es sabido que la isla de Cubagua estaba poblada ya en 1512 (González Oropeza & Donis Ríos 1989: 53) y que desde allí se estructuró una red de lazos comerciales y guerreros para hacer posible la trata de bienes y sobretodo de esclavos. En 1531, la población de Cubagua se opone a la Capitulación que la Corona otorga a Diego de Ordáz, argumentando hechos geográficos que sólo eran pensables si se conocía bien el río (González Oropeza y Donis Ríos 1989: 54), lo cual nos permite suponer que los tratos entre los europeos de la costa y los indios del interior no se producían todos a partir de intermediarios indígenas. Ello implica también que esta población pudo ser punto de irradiación de otras epidemias diferentes de aquellas que pudieron llegar de los Andes¹⁵ o de las costas.

Es importante resaltar, pues es un hecho recurrente durante todo el proceso de colonización, que los indígenas abandonan voluntariamente las vías más frecuentadas por los españoles, pues éstas eran también los caminos de la esclavitud y el vasallaje.

Resumiendo, las costas del Orinoco pueden lucir despobladas en 1531 porque vivir en sus cercanías implicaba riesgos de esclavitud o muerte.

Continuemos acercándonos al río, pero ahora por su flanco occidental. El 27 de marzo de 1528 es firmada en Madrid la Capitulación por la cual Carlos V otorga a los Welser, una familia de banqueros alemanes, el derecho de colonizar la provincia de Venezuela, cuya capital era Coro. Poco después grupos de expedicionarios salen de este pueblo para reconocer las tierras del interior y evaluar sus riquezas potenciales. Al menos, cuatro de las expediciones tomaron rumbo norte-sur y atravesaron los llanos entre 1530 y 1544.¹⁶ La más

¹⁵ Por ejemplo, sabemos que el paludismo era endémico en Europa y África durante el siglo XV (Merbs 1992: 13). En tierra firme es posiblemente reportado por Federmann en Coro en 1531 (Federmann 1985: 56) y por Simón en Santa Marta en 1536 (Simón 1882, II: 56). Dada la presencia en América de los anofelinos necesarios para la transmisión de la enfermedad, es posible que ésta se haya expandido muy rápidamente en las tierras bajas.

¹⁶ Estas son la primera y la segunda expedición de Federmann en 1530 y 1534, la expedición de Jorge de Espira en 1534 y la última de Felipe de Utre en 1544 que termina con la muerte de él, de un Welser y del proyecto de los banqueros alemanes en Venezuela.

interesante de todas es la primera de Federmann pues, a pesar de no haber llegado al área que nos interesa directamente, describe parte de la cuenca nor-occidental del Orinoco y de su periferia donde el impacto de la colonización no parece haber arribado aún. Luego de atravesar la sierra de San Luis, Federmann recorrerá varias provincias indígenas densamente pobladas. En la de los Xagua, él encuentra ochocientos indios entre hombres y mujeres que ocupaban un área de tres millas alemanas¹⁷ a la redonda. Donde los Caquetío¹⁸ de Barequecimoto, se encuentran a lo largo de un río con veintitrés poblados separados unos de otros por entre siete y diez kilómetros en los que era posible concentrar en medio día hasta treinta mil guerreros. O en el enorme pueblo de Hacarigua, más al sur, con sus dieciséis mil indios de guerra, entre los que no se contaba a los viejos, las mujeres y los niños (Federmann 1985: 76, 78-80, 90).

Estos eran los asentamientos más densos y concentrados, pero el alemán también encontró poblaciones importantes entre los Cuyba,¹⁹ los Caquetío de Yaracuy y los pescadores Guaiquerí.²⁰ Todas estas provincias contaban con formas supralocales de gestión política.

El territorio atravesado por Federmann estaba densamente poblado, pero no enteramente ocupado. La guerra lucía endémica y las "tierras de nadie" dividían las áreas habitadas. Los asentamientos estaban todos fortificados y, de acuerdo con el relato del alemán suponemos que un diez por ciento del territorio recorrido estaba deshabitado siendo usual encontrar testimonios de antiguos asentamientos destruidos violentamente (Federmann 1985: 60, 74, 111).

Cuatro años después de la primera expedición alemana, todo estaba transformado. Muchos de los grandes pueblos ubicados durante el primer viaje de Federmann habían desaparecido, cuando Espira

¹⁷ Corresponden a 7.42 kilómetros cada una (Friede 1958: 129).

¹⁸ Etnia dispersa por todos los llanos y en la región al norte de la Sierra de San Luis. Sus provincias principales estaban en el sector plano del estado Falcón, a lo largo del río Yaracuy y en la región de Barquisimeto al sur.

¹⁹ Hoy se le dice Cuyba a un sub-grupo Hiwi cuyos miembros se mantuvieron nómadas y que eran muy abundantes en los llanos. Sin embargo, Federmann caracteriza a los Cuyba que él contacta como horticultores. Esto nos remarca un problema de interpretación de la etnología tradicional que ha tendido a asociar un nombre étnico con un grupo de parámetros socio-culturales como el paquete tecnológico o los patrones de asentamiento. La etnohistoria, como lo ilustra este caso de los Cuyba, nos muestra todos los días nuevos argumentos para rechazar este tipo de interpretación globalizante que confunde el estado de estandarización relativa de cada uno de los grupos étnicos contemporáneos con la situación existente al momento del contacto, mucho más proclive que la actual a la expresión del potencial adaptativo de las estructuras sociales aborígenes.

²⁰ Otra etnia abundante de los llanos y muy nombrada por los primeros cronistas. Ella es asociada generalmente a la pesquería en los pantanos, esteros y regiones anegadizas llaneras, actividad a partir de la cual se integraban a las grandes redes de intercambio comercial existentes.

primero, y Federmann en su segundo viaje, retoman en 1534, el camino de los Llanos Altos con rumbo a la cuenca de los tributarios llaneros del Orinoco Medio. Los asentamientos están despoblados y en aquellos que aún se mantienen, los indígenas huyen al paso de los expedicionarios. Entre los que resisten se destaca Hacarigua donde Espira pernocta junto con toda su tropa durante tres meses (Aguado 1915: 172, 174).

Estas dos expediciones son las primeras en atravesar los llanos de los ríos Apure y Meta. En un intervalo de algunos meses, ambas toman la misma ruta norte-sur, salvo por un desvío de Federmann hacia el este a fin de evitarse el encuentro con los hombres de Espira, su jefe,²¹ de quien él pensaba que ya regresaba de su aventura. Marchando adosadas al pie de monte andino, las huestes de los Welser encuentran un país notablemente menos poblado que el situado al norte del río Apure pero con todo, ocupado. Así, Espira se topa con cantidad de asentamientos poblados de gentes amistosas y bien surtidas de alimentos en los ríos Pauto y Meta (Aguado 1915: 172, 174). En 1536, él mismo atraviesa un asentamiento de cien casas protegido por una empalizada (Aguado 1915: 119), lo que reafirma el estado de guerra imperante en la región. Poco más adelante, donde los españoles fundaron San Juan de los Llanos a finales de ese siglo, se encuentran con una gran casa comunitaria de doscientos pasos habitada por vestales y un viejo (Aguado 1915: 133). Más al sur, hay asentamientos costeados el río Ariari y los expedicionarios enfrentan a los Camicare y Guayape, estos últimos emplazados en un pueblo fortificado de casas comunitarias (Aguado 1915: 134-135, 136). Sobre el Papamene, trescientas embarcaciones se juntan para curiosear a los extraños visitantes (Aguado 1915: 136).

Siguiéndole los pasos, Federmann y sus hombres atraviesan el río Sarare para luego tomar ruta hacia el oriente. Perdida de vista la cordillera andina, pasan por los vestigios de grandes asentamientos ribereños y algunos pequeños pueblos alejados del río (Aguado 1915: 171), los cuales nos recuerdan la experiencia contemporánea de Herrera remontando el Meta. Federmann regresa luego al cobijo del pie de monte y desde Nuestra Señora de Agosto, así bautizada por Espira, abandona la región llanera para remontar los Andes donde se encuentra con los hombres de Gonzalo Jiménez de Quesada quienes venían de fundar Santa Fe de Bogotá.

La última incursión de los Welser es organizada por Felipe de Utre, quien retoma la misma ruta seguida por sus paisanos Espira y Federmann, donde encontró todo el trayecto despoblado hasta el

²¹ Federmann era lugarteniente de Espira quién le había ordenado permanecer en Coro mientras él exploraba los llanos. Federmann desobedece a su jefe y poco después parte siguiéndole los pasos. Todos buscaban con desesperación El Dorado.

Guaviare y donde visita el asentamiento de Macatoa habitado por cuatrocientos vecinos de la etnia Guayape (Aguado 1915: 190, 204-205). Antes de llegar al pueblo Omegua de Cuarica, pasan por un asentamiento de cincuenta casas (Aguado 1915: 204-205) y eso será todo. Felipe de Utre ha debido atravesar todo el pie de monte andino hasta las cabeceras del Guaviare para llegar a encontrar poblaciones importantes. Había bastado apenas una decena de años para que el esclavismo, las enfermedades y el miedo desajustaran el sistema y se despoblara totalmente la ruta occidental que atravesaba los llanos de norte a sur.

La magia de El Dorado empujaba el proceso colonizador. Cortés en México y Pizarro en el Perú habían descubierto y sometido grandes imperios y en la metrópolis y sus enclaves americanos se soñaba entonces con que quedasen todavía algunos otros escondidos entre el Orinoco y el Amazonas a la espera del osado que quisiera descubrirlos y someterlos. Esto atiza el ímpetu expedicionario que permitirá un mejor conocimiento cartográfico del norte de Sudamérica (Alès & Pouillón 1992: 278-279). Los llanos al norte del Orinoco son atravesados varias veces entre 1530 y 1540. De ellos se cuentan los asentamientos de prostitutas, cría de gallinas, un gran mercado interétnico, y la presencia de pueblos especializados en la pesca y el comercio que erraban sin domicilio fijo aprovechando la enorme riqueza íctica de la zona (Aguado 1915: 467-468, 445; Federmann 1985: 100-101, 102).

Luego de varios intentos fracasados para reconocer el Orinoco, aparece la figura de Antonio de Berrio, yerno de Jiménez de Quesada y continuador de su obra. El organiza durante el último cuarto del siglo XVI tres expediciones que, saliendo de Bogotá, permiten la exploración detallada del Orinoco en general y de su banda derecha en particular. Lamentablemente, la información geográfica que provee es confusa y la información sobre poblamiento está sobrecargada de hipérboles.

En 1584 inicia su primera expedición atravesando los llanos del Meta que, de pueblo en pueblo, lo llevan al Orinoco frente a las serranías que nutren la cuenca del Sipapo (Ojer 1960: 44-55; 1966: 493-497). Cuatro leguas antes de llegar a la margen izquierda del río Orinoco se enfrenta con indios. Superado el trance, desciende por las márgenes hasta llegar a una isla, probablemente en los raudales de Atures, donde se encuentra con mil hombres de guerra, con quienes se comunica. Ellos le informan que este sitio era la confluencia de llanos y montañas y que hasta allí llegaban habitantes de ambas regiones para comerciar. Luego, Berrio se devuelve a Santa Fe de Bogotá por un camino de tierra "corto, enjuto y muy poblado" (Ojer 1960: 44-45; 1966: 498).

Convencido que el Dorado se encuentra tras las serranías que viene de descubrir, organiza dos expediciones más, una en 1587 y otra

en 1590, que le permiten reconocer buena parte de las faldas y regiones montañosas que dan origen a los ríos de aguas negras de la cuenca derecha del Orinoco. En el camino consiguen muchas poblaciones y conucos e indios como pajas (Ojer 1966: 501, 502). En su tercer viaje, se mueven hacia la provincia de Amapaia²² y penetran en la región montañosa hasta conseguirse con unos poblados de unos dos mil indios en total donde hallan oro de baja ley. En otra oportunidad, logra remontar las montañas y llegar a una sabana, que nosotros suponemos pueda ser la región norteña del valle del Manapiare, única accesible desde esta región del Medio Orinoco. En estas tierras de buen temple y fertilidad vieron muchos caminos (Ojer 1966: 509), lo cual coincide con la información que manejamos sobre la naturaleza del Abra de Wanai como centro comercial neurálgico (Mansutti 1986: 22, 58-60) y encrucijada de rutas terrestres.²³

Berrio reporta que las riberas del Orinoco se encuentran despobladas porque los Caribe remontaban el río dos veces al año, lo que aterrorizaba a los potenciales pobladores (Ojer 1960: 72). De hecho, ya para esta fecha la actividad comercial de los holandeses era notable y las redes de los mercaderes de esclavos debían alcanzar toda la cuenca del Orinoco en un efecto de bola de billar que transmitía su inercia a todos los grupos de la región.

Las crónicas de la expedición de Vera e Ibarguen de 1593 (Anónimo 1988: 652-661; Berrio 1988: 666) y Francis Sparrow (Sparri 1988: 676; 1988: 676) son contemporáneas a las de Berrio. El primero era lugarteniente y mano derecha de Don Antonio. El hace una entrada de más de cien kilómetros, aparentemente por la región sabanera ubicada al sur de la actual población de Upata, que le permite visitar diez asentamientos indígenas y afirmar que la región estaba pobladísima (Ojer 1966: 527-528). Sparrow es dejado en el Orinoco por Raleigh luego de su primera incursión guayanesa a fin de entablar relaciones

²² Hay dos hipótesis para la ubicación de esta provincia. Una adelantada por Pablo Ojer (1966: 508) quién la supone en la margen derecha del Orinoco. Si éste fuera el caso, podría tratarse de una hipotética provincia de Mapoyo que corría a lo largo de la banda derecha del Orinoco del Parguaza hacia las bocas del Cuchivero. En contraste, Ramos (1988: 557) afirma que dicha provincia se encontraba del lado llanero y para ello se basa en el *Discovery* de Raleigh en el que Amapaia se ubica al oeste del Apure (Raleigh 1988: 556). Esta tesis es reforzada por las crónicas de Berrio donde se afirma que sus huestes fueron atacadas por indios Caquetío, Yaruro y Achagua, todos de hábitat llanero (Ojer 1966: 502).

²³ La tradición oral Piaroa nos habla de los *K'arimína*, un grupo de hombres caníbales que eran rubios y tenían dientes de oro. Ellos podían llegar por doquier y atacar las comunidades, pero una de sus rutas preferidas era por las serranías del Ventuari. Esta hipotética penetración de los hombres de Berrio al Valle del Manapiare, la presencia posterior de franceses u holandeses en las incursiones esclavistas de los Karí'ña (Gillij 1965, III: 118; Gumilla 1745, II: 91-92), la inserción en el discurso de hechos resaltantes protagonizados por otros grupos de esclavistas como los Gualpuinavi (Mansutti 1991: 30) y la piarotización del término Karí'ña, podrían ser el origen de estas leyendas.

con los naturales de la región y conocerla; sus afirmaciones (Sparri 1988: 671-677) son coincidentes con las de Vera e Ibarguen en lo que se refiere al poblamiento, denso pero aparentemente disperso de la región.²⁴ Finalmente el famoso corsario inglés, Sir Walter Raleigh, tomará toda la información que le provee Don Antonio de Berrio, a quién había hecho preso, para publicar su célebre libro el *Discovery* (Raleigh 1988).

A la entrada del siglo XVII, la presencia europea en Guayana ha tomado el perfil que mantendrá durante siglo y medio. Las grandes potencias (Francia, Inglaterra, Holanda y España) han consolidado enclaves cercanos al Orinoco desde los que desarrollan una intensa actividad exploratoria y comercial. El juego geopolítico se ha complicado y a los indígenas se les abren opciones de alianzas estables contra los españoles, impensables medio siglo antes. El efecto más notable de esta nueva situación geopolítica es la intensificación del tráfico de esclavos: los holandeses mismos no dudan en acompañar las escuadras de guerreros Caribe que remontan el Orinoco comerciando y hostigando los asentamientos españoles (Gumilla 1745, II: 91-92). La Gobernación de Guayana es, en lo fundamental, sólo una excusa para el tráfico de esclavos como se desprende de este documento de la época citado por Gil (1989: 159) en el que se nos cuenta que:

“...De la governaçion de Guayana se traen y se an traído a esta isla (Puerto Rico) y a la governaçion de Cumaná todos los años gran suma de indios, y se venden a sincuenta y a sesenta pesos;...”

Sin embargo, y a pesar de los efectos desastrosos de esta práctica, que dura casi un siglo en tierra firme americana, Don Fernando de Berrio, hijo de Don Antonio y Gobernador de las Guayanas dice en 1598, luego de haber explorado la región al sur del Orinoco y haber llegado, probablemente, a la Gran Sabana:

“...En noventa y tantos días que e andado de poblaçon en poblaçon, e allado grandísima suma de indios, tierra fértil y abundosa, y al cabo bisto y reconoçido la entrada de la jente bestida, laguna y demás cosas que por tradiçion de los antiguos tenemos...” (Gil 1989: 156).

Dos nuevas experiencias, que aportan datos para el conocimiento del poblamiento del Orinoco Medio, van a darse durante la primera

²⁴ No se nos escapa que muchas de las afirmaciones a las que hacemos referencia provienen de individuos que tienen interés particular en resaltar la riqueza de Guayana frente a los ojos de sus monarcas respectivos, y que ello puede haberlos llevado a exagerar eventualmente sus apreciaciones sobre el poblamiento. Véase, en contraste con lo visto, la opinión de Juan Alonso Fernández de Ribamartín quién en 1607 aseguraba al Rey de España que luego de andar tres años por la Guayana, él podía afirmar que...“es tierra pantanosa, de muchas lagunas y pobre de naturales..” (citado en Gil 1989: 153).

mitad del Siglo XVII. Se trata de los viajes de Ruíz-Maldonado en 1638-1639 por el Orinoco y de Ochogavía en 1647 por los ríos Arauca y Apure. El primero navega desde el Casanare, hasta la isla de Trinidad, y la imagen que nos ofrece del Orinoco es semejante a la que antes nos habían dado Ordáz y Herrera: un río despoblado. De hecho, los únicos indicadores de rastro humano a lo largo de mil kilómetros de travesía por el Orinoco son la presencia de poblados de indios pacíficos, probablemente Sáliva destruidos por los Caribe, en los cuales los hombres habían sido muertos mientras que las mujeres y niños habían sido vendidos a los ingleses, y tres pueblos Mapoyo, una etnia aliada a los Caribe, que estaban dispersos a lo largo de doscientos kilómetros (Ruíz Maldonado 1964).

El viaje de Ochogavía nos permite comparar la versión sobre el poblamiento orinoquense de un grupo de expedicionarios que atraviesa los ríos secundarios, con la de un viajero convencional, como Ruíz Maldonado, quién sólo reconoce el curso principal del Orinoco. La disparidad es tan marcada que nos obliga a reflexionar sobre la pertinencia de extrapolar el poblamiento ribereño del curso principal del Orinoco a su varzea interior.

Cuando Ochogavía parte de Barinas en 1647 para recorrer los ríos Apure y Arauca, ya está consolidada una red de poblados europeos que han ido cercando al Orinoco y desde los cuales se realizan regularmente incursiones a fin de reducir indios y capturar esclavos. La gente de Ochogavía va a encontrarse con una suerte de región de refugio, a pesar de su proximidad al curso principal del Orinoco, en la que los grupos llaneros dependientes de la siembra del maíz, dibujan un panorama poblacional totalmente contradictorio con la imagen de región despoblada que nos ha vendido un siglo de crónicas. La cantidad y la talla de los emplazamientos humanos que se ven aumentan sus dimensiones a medida que se ingresa en el país visitado y alcanzan su clímax en el pueblo de Tavacare, jefe regional de los Otomaco, y sus tres mil guerreros. El asentamiento y los sembradíos que le pertenecen se extendían a lo largo de cincuenta kilómetros a ambas bandas del Arauca. Según los baquianos que acompañaban la expedición, cincuenta mil indios se distribuían en cincuenta mil kilómetros cuadrados donde se incluía una importante proporción de superficie vaciada de población por la colonización (Carvajal 1985: 148, 154, 167). En conclusión, una densidad de población de un individuo por kilómetro cuadrado, que a podido ser diez veces superior si estimamos como representativa la población alcanzada en los dominios de Tavacare.

Además, y esto se reitera, no se trata de indios pacíficos. Ellos atemorizan a sus enemigos y todos sus asentamientos están protegidos por empalizadas y situados en sitios altos y cercanos al río desde donde

pueden divisar a aquellos que se aproximan. Carvajal (1985: 142, 143, 145, 164) califica estas fortalezas de inexpugnables. Ello no impedía que los asentamientos periféricos pudieran ser sometidos a agresiones sea de sus enemigos indígenas, sea de los cazadores de esclavos criollos, lo cual explica la marcada disminución de la densidad hacia los sectores limítrofes.

Otro hecho resalante es la presencia de una gran diversidad étnica en pequeños territorios. Carvajal menciona veintisiete etnias diferentes, incluyendo a los Achagua, los Otomaco, los Guamo, los Quaquaro, los Pao, los Yaruro y los Guaiquerí (Carvajal 1985: 145-146).

De acuerdo con cronistas posteriores, los Otomaco eran el grupo más influyente. Vecinos de una región estratégica (Rivero 1956: 20, 48; Tapia 1966: 208), las playas del Orinoco, donde miles de millares de tortugas desovaban durante el verano tropical, ellos fueron los protagonistas del aprovechamiento de los huevos. Horticultores en las playas veraneras de ríos, caños y lagunas (Gumilla 1745, I: 199, 213, 268) de una variedad de maíz que madura a los dos meses de su siembra, ellos alcanzaron una densidad de población importante. Además, fueron junto con los Achagua y Yaruro, productores de quiripas (Morey & Morey 1975: 549), un adorno hecho con conchas de moluscos de río, que era utilizado como equivalente general en el comercio de la cuenca del Orinoco y aún más allá.

Nos encontramos entonces, con una región próxima del canal principal del Orinoco que era desconocida para los españoles a pesar de que pudo ser eventualmente penetrada por Herrera cuando devolvió al joven guerrero liberado de los Caribe. Nosotros pensamos que la densidad de población encontrada en este sector de la varzea interior, aun siendo la más importante de todo el Orinoco con la excepción probable de Atures, nos indica que las referencias a un río despoblado nos hablan sólo de sus márgenes.

Vayamos entonces a los cronistas jesuitas del Orinoco y dejemos que ellos nos nutran. Los Sáliva, por ejemplo, miembros de la más renombrada y pacífica de las naciones orinoquenses, tenían sus asentamientos en el bajo Meta y a lo largo del río Orinoco entre las desembocaduras de los ríos Meta y Guaviare (Mercado 1966: 54, 71; Tapia 1966: 199, 204, 206; Martínez Rubio 1966: 148; Rivero 1956: XI, XII, 47, 199: 244). Contaban con una importante población y sus asentamientos estaban próximos los unos de los otros. Desde Atures hasta el Guaviare, el número de familias por asentamiento alcanzaba dos o tres (Rivero 1883: 46; Tapia 1966: 206). De acuerdo con Poeck, quién trabajó entre ellos de 1681 a 1684, se distribuían en una red de casas comunitarias separadas entre sí por una distancia de entre uno y medio a tres kilómetros. Ello puede hablarnos de una consecuencia de las restricciones ambientales sobre la distribución de la población, pero

también podría sugerirnos que la intensificación de las guerras a consecuencia de la colonización pudo empujar a los miembros de este grupo de horticultores pacíficos a dispersar sus asentamientos en la cuenca guayanesa del Orinoco, intentando con ello defenderse mejor de los agresores (Morey & Morey 1980: 271).

Los Achagua, otra importante nación del Orinoco, contaban con veinte provincias y ocupaban los bosques de galería de los ríos llaneros (Rivero 1956: 13, 19, 21, 29, 34, 39, 219, 243, 246, 248) en donde mantenían sus sembradíos. En contraste con los grupos de Achagua al norte del Meta, con asentamientos grandes y concentrados, los Achagua del sur mantenían asentamientos más pequeños, quizás parecidos a los de sus vecinos Sáliva (Mora Camargo 1986/8: 95; Pontes 1960: 184). Ello, dado lo tardío de las referencias jesuitas podría ser consecuencia del contacto más que a una condición estructural. Estos Achagua compartían una característica común: la presencia de un jefe regional, lo que sugiere que tenían niveles de integración política y ritual supralocal. En los alrededores de los caminos que entrelazaban la provincia Achagua ubicada entre los ríos Vichada y Guaviare, se consiguen en 1696 diecisiete asentamientos con una población total de mil setecientos vecinos que distaban una o dos jornadas unos de otros, lo cual confirma la apreciación de Pontes hecha un siglo antes. En el Casanare, una seguidilla de asentamientos achagua iban desde el puerto de San Salvador del Casanare hasta el Meta (Tapia 1966: 206; Rivero 1883: 21, 35, 81). Al lado del Orinoco, los Achagua y Sáliva constituían comunidades mixtas (Rivero 1956: 199).

Tanto los Achagua como los Sáliva, los Guamo, los Pao y los Yaruro eran productores de maíz y para ello utilizaban las vegas de los ríos (Gumilla 1745, I: 213, 268), es decir, los suelos pertenecientes a la planicie de inundación inmediata a sus cursos, que permanece al margen del agua durante al menos, la mitad del año y que son de nuevo inundadas durante el período de lluvias. Su tecnología era, por tanto, similar a la de los Otomaco.

Los Guahibo eran un pueblo igualmente expandido por toda la margen izquierda del Orinoco. Eran considerados como pueblos "sin domicilio fijo" porque deambulaban por los inmensos llanos (Gumilla 1745, I: 4, 5, 39, 150, 335; Aguado 1915: 174) de pueblo agricultor en pueblo agricultor, integrando redes de intercambio regional que permitían el flujo de los productos hortícolas hacia los cazadores recolectores nómadas y de los bienes de origen sabanero hacia los horticultores sedentarios. Cada grupo local integraba varias familias y cada familia tenía treinta personas (Rivero 1883: 150). Sobre los límites norte y sur de su área de ocupación territorial, algunos sub-grupos de Guahibo eran agricultores (Rivero 1883: 328). En todo caso, la mayoría de los Guahibo eran grupos nómadas de cazadores y recolectores que

mantenían relaciones simbióticas con los agricultores, que nos hacen recordar otras importantes relaciones de este tipo, como las que se daban entre los horticultores Caquetío y los pescadores Guaiquerí o entre los pescadores e intermediarios Ature y los pueblos horticultores circundantes.

Las poblaciones de Ature se concentraban a lo largo de los sesenta kilómetros de aguas difíciles que van del raudal homónimo al de Maipures. Por la densidad de población alcanzada en un sitio de gran potencial ictico pero pobre para otras actividades económicas diferentes del comercio, los Ature representan un caso extraordinario desde los puntos de vista demográfico y económico: como pescadores especializados, aprovechaban el enorme potencial pesquero de los raudales, y su ubicación estratégica entre el Alto y Bajo Orinoco y entre los llanos y el Escudo Guayanés para convertir sus islas en punto obligado de encuentro, descanso y reavituallamiento. Berrio (Ojer 1966: 497), como ya dijimos, encuentra mil guerreros en una isla y Matías de Tapia, un cronista jesuita de finales del siglo XVII nos dice que:

“..A poca distancia de estas poblaciones forma este Orinoco, en medio de su cauce, un peñón, o arrecife, de que hace, dividiéndose el río en dos partes iguales, una isla de así mil pasos de longitud, y quinientos de latitud, donde esta un pueblo de más de quinientas almas, que llaman de Adoles..”

Hablamos aquí de una población de quinientos individuos viviendo sobre una superficie de medio kilómetro cuadrado que estaba especializada en la pesca y el comercio pues, incapaces de hacer la horticultura en sus islas rocosas, estaban obligados a obtener de socios, venidos de otras regiones, lo que necesitaban para vivir a través del intercambio por el pescado ahumado que ellos producían y otros bienes que acumulaban dada su condición de intermediarios (Tapia 1966: 204). No es gratuito que Atures fuera durante el verano la sede de una importante feria anual a la que arribaban socios comerciales y bienes de los alrededores, del Alto Orinoco, de los llanos, del Escudo Guayanés, del Bajo Orinoco y de las islas y costa atlántica y del Caribe.

Al sur del río Matavení, por la cuenca occidental del Orinoco, y entre los ríos Parguaza y Ventuari por su costado oriental, se encontraba un conjunto de pueblos Arawaco que practicaban formas de endoguerra altamente ritualizadas que incluían la antropofagia y la captura de trofeos (Mansutti 1991: 23). Sus principales exponentes eran los Caberre, los Maypure, los Avani y los Quiruba, sobre los que contamos con pocos datos referentes a sus sistemas de asentamiento. Sin embargo, sabemos que eran pueblos selváticos, a excepción de los Quiruba quienes, de acuerdo con la tradición oral Piaroa, se asentaban

en los ecotonos que separan los bosques de las sabanas de arena blanca de la cuenca baja del Sipapo. Contrastando con los grandes pueblos de otros grupos vecinos, construían asentamientos de una sola casa comunitaria que, en el caso de los Maypure, estaban protegidas por empalizadas (Tapia 1966: 206; Gilij 1965, II: 189).

En el sector interfluvial donde nacen los ríos Sipapo, Cataniapo y Marieta vivían dos pueblos montañoses muy parecidos: los Piaroa y los Mako-Wirö que, a pesar de estar rodeados por vecinos guerreros, eran grupos en los que la violencia física o verbal estaba severamente controlada. Para protegerse, habían desarrollado formas socialmente reconocidas de violencia chamánica que eran dirigidas contra sus enemigos externos e internos. Esto no impedía que estuviesen sometidos a las incursiones de los esclavistas y probablemente de sus vecinos más agresivos, lo cual explica el apelativo mako utilizado para referirse a ellos (Rivero 1956: 47). Sus modelos de asentamiento eran también una casa comunitaria pero que no era protegida por empalizadas. De hecho, los Piaroa se protegían con artilugios que les permitían reconocer la llegada de visitas indeseables e huir (Gilij 1965, III: 108), y con el mantenimiento simultáneo de dos o más asentamientos con todos los medios para vivir pero convenientemente alejados unos de otros, de manera que al verse descubiertos en uno pudieran mudarse. Los Wirö, por su parte, parecían mantener estrategias de movilidad más activas que la de sus vecinos Piaroa, al punto de ser considerados por éstos como nómadas.

Horticultores, los Piaroa tenían policultivos en los que el bien principal era la yuca amarga. Protegidos por lo difícil de sus montañas y escondidos de la mirada indiscreta del explorador y/o misionero, ellos son apenas citados por los pioneros de la penetración misionera al Orinoco a fines del siglo XVII (Mansutti 1990). Lo que se puede deducir de la escasa información documental disponible y de la tradición oral Piaroa es que su población estaba dispersa y que agregados regionales de pequeñas malocas dispersas ocupaban sus valles montañosos. Nosotros estimamos que su densidad de población era más baja que la de los llanos o la de la varzea de la ribera derecha del Orinoco.

La región de los ríos Cuchivero, Suapure, Guaniamo y Parguaza es la menos descrita por los cronistas jesuitas. Por tanto, deberemos conformarnos con las referencias tardías del padre Gilij, quién permanece en el área entre 1749 y 1767, en las que nos informa que la comparten trece pequeños grupos, incluidos los Alkeam-Benano o Amazona.

Este era un país de etnias de filiación lingüística caribe, a excepción de los Quaqua. Los Mapoyo eran el grupo más importante desde los puntos de vista demográfico y sociológico. Como ya hemos dicho, Ruiz Maldonado (1964: 344) compra pollos, huevos y frutas en tres pueblos de ellos distribuidos entre los ríos Caura y Palmar, pero

lamentablemente nada dice de su conformación. Estos Mapoyo, de acuerdo con Rivero (1956: 48), estaban aliados con los Caribe, quienes hacían la vida imposible a los jesuitas.

Extrapolando lo que sabemos de los grupos que actualmente existen en la región y a partir de la escasa información aportada por los cronistas jesuitas y por Berrío y sus compañeros o enemigos, nos parece que los habitantes de esta parte del Orinoco eran horticultores parecidos a sus vecinos del sur, cuyo cultivo principal era la yuca amarga, a pesar de que conocían el maíz. Incluso, nos parece que todos utilizaban una casa comunitaria por asentamiento, y que los Mapoyo y Quaqua ocupaban también la región más próxima al Orinoco mientras que otros como los Tamanaco, Pareca y Oye eran grupos selváticos (Henley 1983: 231; 1988: 226, 244; Gilij 1965, I: 128, 224; II: 131-132; Mattel-Müller y Henley 1990: 171). En todo caso, parece correcto postular que esta era la región con la densidad de población mas baja de nuestra área de estudio.

Aproximación al sistema de interdependencia regional en el Orinoco Medio

Los trabajos de Nancy y Robert V. Morey son un hito para el análisis de la etnohistoria de los llanos (Morey, N. 1976; Morey & Morey 1975; 1980). Ellos nos muestran que las sociedades llaneras van mucho más allá de un agregado de asentamientos multifamiliares, tal como lo proponen destacados exponentes de la historiografía oficial venezolana (González Oropeza & Donis Perez 1989: 7-8). En efecto, las evidencias indican que estamos en presencia de una red de relaciones sociales que abarca simultáneamente a muchas comunidades pertenecientes a diferentes etnias emplazadas sobre una amplia extensión de territorio, y que esta red estaba sostenida en un juego complejo y cambiante de intercambios positivos y negativos entre los que destacan el comercio, la prestación de servicios, la guerra y las agresiones chamánicas (Mansutti 1991: 15-30).

Las redes comerciales, por su extensión y densidad, eran la estructura integradora más importante. Ellas permitían el flujo de bienes y servicios de origen local. Los Morey (Morey & Morey 1975: 555-556) subrayan que ello empujaba hacia el establecimiento de lazos entre grupos más o menos especializados y entre regiones con características ecológicas diferentes, cuyo resultado era un tejido de relaciones simbióticas y complementarias entre diferentes unidades sociales (comunidades y/o grupos y/o agregados de grupos). Sin embargo, es necesario destacar que la complementariedad ecológica no era el único mecanismo actuante pues era posible ver unidades sociales que comerciaban productos que podían ser elaborados por ambas ²⁵ o

²⁵ Aun hoy es posible ver estos mecanismos de intercambio actuando. Nosotros sabemos

intercambios en los que se daba un bien X que luego era reobtenido por una transacción similar pero con los bienes circulando en sentido contrario. Es entonces una lógica de la alianza y la reciprocidad, tanto negativa como positiva, la que gobierna estos gestos y que hace del comercio una pulsión casi irresistible (Mansutti 1986: 14).

Por otra parte, la complejidad del sistema permitía que algunos grupos pudieran potenciar recursos marginales de su ambiente. Es así que los productores de cuentas de conchas eran todos llaneros (Morey & Morey 1975: 549), lo cual les permitía acceder a alimentos, servicios y útiles de trabajo provenientes de otras regiones en las que se contaba con mayor diversidad en la oferta de bienes. Estas joyas, llamadas quiripa, podían compensar la carencia de otros bienes y abrían la posibilidad de aumentar, por medios sociológicos, la capacidad de carga de los llanos, al devenir "equivalente general"²⁶ y su manufactura monopolio de unos pocos.

Esta estructura permitía también niveles importantes de especialización en algunos grupos sin que ello limitara su capacidad de acceso a los bienes requeridos para su reproducción. Los ejemplos más claros son aquellos que se dan entre los cazadores-recolectores y los horticultores, y entre los pescadores y los horticultores. Estos mecanismos permitían la ocupación de territorios extremadamente ricos para ciertos recursos, pero pobres en otros, esenciales para la reproducción. Aprovechando las riquezas locales e intercambiándolas por aquellas que eran escasas o inexistentes, estos grupos se especializaban y al mismo tiempo tejían y mantenían redes de relaciones que aumentaban, de nuevo por medios sociológicos, la capacidad de carga del conjunto del territorio cuya actividad afectaba. Los llanos bajos de los estados Barinas, Portuguesa y Guárico, al norte del Orinoco, podían ser ocupados por gran número de Gualquerí porque ellos establecían sistemáticamente relaciones simbióticas con sus vecinos horticultores. Así mismo, la densidad demográfica alcanzada por los Ature en sus islas rocosas, impensable para otras regiones ocupadas por sociedades con mayor variedad en su paquete tecnológico y diversidad en la oferta de recursos, sólo era posible por la enorme riqueza de peces que caracteriza los raudales de Atures y por su ubicación estratégica en el centro de una inmensa red de intercambios comerciales.

Todas las relaciones no aparentaban ser ni claras ni equilibradas. Los cazadores-recolectores Guahibo de los llanos, cuyos productos no parecían ser indispensables para los horticultores Achagua, no

de Piarao que han intercambiado rayos para yuca con Puinave o con Ye'kwana a pesar de que ellos producen uno de excelente calidad (Mansutti 1986: 26-27).

²⁶ Llamamos "equivalente general" a aquellos bienes que cumplen la función del dinero pudiendo ser cambiados por cualquier otro dentro del sistema mercantil.

dudaban en aplicar la política del temor sobre sus socios comerciales, a fin de lubricar el sistema para que funcionara y se mantuvieran las relaciones comerciales de las que ellos tomaban la mejor parte. Era pues, un sistema complejo donde la utopía del equilibrio y la reciprocidad perfecta estaba lejos de estar establecida.

Este sistema, en el que comercio y guerra parecen ser las dos caras de un ejercicio permanente de la reciprocidad oscilando entre calidades opuestas, tenía como eje al Orinoco y como red a los afluentes y caminos que permitían pasearse por todos los rincones de la cuenca. El estaba articulado alrededor de puntos estratégicos que, por su importancia geográfica, social y/o económica, eran sitio de encuentro entre miembros de etnias diversas. Los raudales de Atures, varias veces mencionados a lo largo de este trabajo, era uno de ellos, pero también lo era el mercado de curare del Alto Orinoco basado en el conocimiento tecnológico de un grupo, o las playas de Uruana donde se elaboraba un aceite de huevos de tortuga apreciado en toda la cuenca (Morey & Morey 1975: 543-545). No es casual que los jesuitas hayan creado misiones en Atures y Uruana.

La guerra y la toma de cautivos o de trofeos humanos era la expresión de un juego de valores extremos que pueden imaginarse como ubicados a lo largo de una línea continua que iba desde tradiciones guerreras muy ritualizadas hasta aquellas poco ritualizadas. Así, podía encontrarse el sub-conjunto Arawaco de la región de los ríos Orinoco, Mataveni, bajo Guaviare y Atabapo, donde la guerra y el tratamiento al enemigo estaban severamente reglamentados: la antropofagia ritual y la captura de trofeos parecían ser la motivación fundamental y sólo se practicaban entre miembros de grupos Arawaco.²⁷ En el medio estarían las guerras adelantadas por los Kari'ña, también ritualizadas (Mansutti 1991: 21-28; Whitehead 1990: 151, 155-156) y más amplias en su cobertura social y espacial. En el extremo contrario, estarían las guerras adelantadas por los Guahibo, poco ritualizadas, sin antropofagia o captura de trofeos humanos, que parecían sobre todo orientadas a mantener lubricado el sistema de intercambios (Mansutti 1991: 27).

Parece correcto pensar que durante los periodos pre-colonial y proto-histórico, existieron mecanismos socialmente aceptados que permitían el flujo de individuos, generalmente niños y mujeres, entre unidades sociales. El rapto está bien documentado, así como la apropiación de mujeres y niños por los miembros del grupo vencedor luego de ataques en los que resultan muertos hombres y viejos del grupo vencido (Giliĵ 1965, II: 287; Gumilla 1745, II: 86; Morey & Morey

²⁷ Los Guahibo, por ejemplo, no eran considerados gente por los Gualpuiñavi (Solano 1954: 265) y aun cuando se les hacía la guerra eventualmente, ella no debía comportar la captura de trofeos.

1980: 281; Poeck 1974: 173; Ruiz Maldonado 1964: 344; Vega 1974: 139). Estas eran estrategias violentas de redistribución de la población y, aún más importante, de su potencial reproductivo. Pero los datos sugieren que también había grupos que sin presión externa alguna, introducían a sus parientes dentro del sistema de intercambios (Gumilla 1963: 320; Mercado 1966: 70; Poeck 1974: 181). Si aquel que daba a su hijo tenía también la posibilidad de obtener aquellos de su contraparte comercial, o de algún otro dentro del sistema, estas transacciones no eran más que formas alternativas de los intercambios matrimoniales. Siendo un hecho generalizado, ello daría densidad a las relaciones de alianza entre socios. Pero si, tras la norma de reciprocidad se escondían relaciones de intercambio desigual, entonces nos encontramos con flujos de población y de la fecundidad tendentes a la satisfacción de las necesidades de aquel que podía ser el más fuerte, o el que estaba en expansión o el que mayores controles de la natalidad tenía. Sean las que fueren las razones particulares de cada red de intercambio desigual, lo esencial es que en el sistema no se redistribuían solamente bienes materiales e ideas; también se redistribuían virtualidades como la fecundidad.

La dialéctica alianza/agresión y las normas que regulan la sociabilidad entre cada unidad social y todas las demás, dieron a cada punto de la red una tipología propia, definible por la densidad de las relaciones, la accesibilidad entre los puntos del sistema, la rapidez con la cual se podía llegar a ellos y la frecuencia entre los contactos. Suponemos, por ejemplo, que allí donde los enemigos eran vecinos, el flujo de innovaciones, o de informaciones era más restringido que entre vecinos para quienes la alianza dominaba a la agresión. Así, por ejemplo, puede suponerse que la red entre Mapoyo y Caribe era mucho más densa y activa, y los contactos positivos más frecuentes que en la red Otomaco-Caribe o Caberre-Guahibo.

También, encontraremos sociedades con actitudes diferentes frente a la diferencia. Grupos que jugaban roles marginales y/o restringidos dentro del sistema de interdependencia regional, tendían hacia el intercambio de proximidad utilizando micro-redes que facilitaban la redistribución de recursos dentro de la etnia y orientaban el flujo de unos pocos productos y servicios claves, desde todos los grupos locales hacia sus fronteras al encuentro de mercancías indispensables que venían de fuera. La circulación de todos los bienes era intensa entre las cadenas de unidades sociales cercanas, social y/o geográficamente (grupos domésticos, *kindreds*, asentamientos, agregados regionales, socios comerciales) en las que la dirección del flujo estaba fuertemente orientado, pero cuya densidad iba disminuyendo a medida que se alejaba del punto de referencia, para llegar a su mínima expresión con los grupos desconocidos o abiertamente enemigos en la misma u otra

etnia.²⁸ En general, estas redes se mostraban cerradas hacia el exterior e imponían severas regulaciones a las entradas de los socios comerciales. Así, por ejemplo, hasta hace unos pocos años, los Piaroa no aceptaban la entrada de socios más allá de la periferia de su territorio, mientras que eran grupos especializados de ellos quienes salían con regularidad a realizar transacciones.

En contraste, había grupos muy orientados hacia el exterior que mantenían relaciones activas en el comercio de gran distancia. Eran éstos miembros de sociedades que ejecutaban roles de mayor ambición y alcance dentro del sistema de interdependencia y cuyas redes iban muy lejos, hasta a centenas de kilómetros de sus sitios de habitación, donde llevaban y traían bienes esenciales. Destacan, por ejemplo, los casos de Caribe y Caberre, quienes son muy nombrados por su participación en las redes de violencia guerrera; o los Achagua, menos activos desde el punto de vista militar, quienes tenían, por lo extenso de su ocupación territorial, un rol comercial de primer orden (Morey & Morey 1973: 230). Todos estos grupos salían regularmente de sus áreas de habitación y aceptaban la llegada de socios comerciales extranjeros. Estas eran redes abiertas.

Pero el grado de apertura de una unidad social era independiente del grado de movilidad de sus integrantes. Así, por ejemplo, los Ature, que eran pescadores de raudal altamente especializados, parecían permanecer en sus asentamientos esperando a sus socios comerciales que llegaban de lejos. Su red, a pesar de su escasa movilidad, aparentaba ser la más abierta de todas.

Sociedades más abiertas y sociedades más cerradas que respondían de manera particular al peso de sus tradiciones, de sus entornos, de su situación geográfica, a las exigencias del sistema de interdependencia, a sus propias necesidades, a la percepción de la alteridad y a tantas otras determinaciones, formaban un mosaico complejo muy diferenciado internamente, frente al cual la distribución territorial y el poblamiento no eran indiferentes.

El modelo de poblamiento proto-histórico.

Ahora que tenemos en mano una perspectiva, aun cuando grosera, del sistema de interdependencia regional del Orinoco y de la forma como se distribuía la población sobre el territorio, creemos poder emprender un intento de formalización de lo que fue el poblamiento proto-histórico del Orinoco Medio.

²⁸ Nosotros (Mansutti 1986) hemos analizado el funcionamiento de una red cerrada. Thomas (1972) y Butt Colson (1973) han analizado dos un poco más abiertas, mientras que Coppens (1971) describió aquella que puede ser considerada la más densa y orientada al exterior de las que sobrevivieron a la colonización.

Pero antes de entrar en la descripción es necesario exponer algunas proposiciones axiomáticas inherentes al modelo. De entrada, suponemos que todo el territorio estaba ocupado por debajo de su capacidad de carga límite,²⁹ con la excepción de algunas regiones eventualmente sometidas a prohibición de uso por razones religiosas o las áreas vacías fronterizas o "no man lands" sujetas al rigor de la guerra más intensa. Así pues, suponemos un poblamiento cercano, pero por debajo del máximo donde un aumento de la población que no estuviere acompañado de un aumento de la capacidad de carga, entrañaba una disminución de la eficiencia reproductora.

Así mismo, suponemos que los procesos de innovación de los hábitos, la variación en la intensidad de la guerra o de la eficiencia productiva de los mecanismos de producción y la gestión económica que incidían sobre la capacidad de carga, eran lentas, lo cual nos permite considerarlos como constantes durante el periodo de tiempo considerado.

Postulamos una asociación positiva entre las mayores densidades de población, la práctica de la agricultura del maíz y el patrón de asentamiento caracterizado por la concentración espacial de varias casas. Este era el caso de los Achagua, Otomaco, Sáliva y de todos los grupos de horticultores de la ribera izquierda del Orinoco entre los ríos Meta y Apure.

En contraste, suponemos una asociación negativa entre la densidad de población y el patrón de asentamiento en relación con la utilización de la yuca como cultivo principal. Pues allí donde ésta era el cultivo principal, la densidad de población era menor y los patrones de asentamiento tendían a caracterizarse por la presencia de una o dos casas comunitarias alejadas espacialmente de sus similares. Este era el caso de los Piaroa y, quizás, el de otros grupos de tierra firme o de igapós como los Avani, los Maypure, los Quiruba, y los Tamanaco.

La transición de un área social a la otra podía caracterizarse por asociaciones diversas de formas organizativas que mezclaban características de una y otra de las dominantes. Podían encontrarse pequeños asentamientos con dos o tres casas comunitarias, como

²⁹ Los hombres del bosque y la sabana se saben sometidos a la fluctuación anual de los recursos. Mantener en estas condiciones un potencial excedentario en el conuco permite limitar pero no impedir la aparición de situaciones de escasez aguda. Dado que esto implica la oscilación de la capacidad de carga en el tiempo, la única estrategia que puede garantizar el éxito reproductivo de la sociedad es el mantenimiento de un nivel de población que esté siempre por debajo de la capacidad de carga promedio, a fin de reducir al mínimo los efectos negativos de los ciclos de mayor escasez. Ello, por supuesto, no implica necesariamente que todas o algunas de las sociedades tuvieran conciencia del hecho, o que se impidiera sistemáticamente que alguna o algunas se excedieran provocando con ello crisis periódicas. Sin embargo, y por comodidad, diremos que todas las sociedades del Orinoco Medio respetaban esta norma de ajuste.

aquellos de los Sáliva de la ribera derecha del Orinoco (Rivero 1883: 46), o las de los Achagua ubicados al sur del río Meta (Mora Camargo 1986/8: 88). Eran estos Achagua productores de maíz que sembraban en las planicies de inundación de ríos de aguas negras, como el Vichada o el Tuparro, que probablemente tenían suelos más pobres que los de las varzeas, donde se obtenían hasta seis cosechas de maíz por año (Gumilla 1988, II: 281-282).

Había también grupos que escapaban a las limitaciones tecnológicas asociadas a la producción del maíz y la yuca y que se alzaban sobre las severas restricciones ambientales, impuestas por hábitats particularmente inhóspitos para la implantación de modos de subsistencia convencionales. Ellos se dedicaban a la explotación intensiva de recursos muy abundantes que luego intercambiaban con otros grupos por aquellos bienes que necesitaban. Lograban tener por este mecanismo, densidades de población desproporcionadas si las comparamos con las de aquellos grupos que dependían de prácticas generalistas. El caso de los Ature ilustra netamente lo aquí expuesto, pero también el de los Guatquerí, cuyas densidades demográficas eran sólo posibles en virtud de la existencia de relaciones simbióticas, y por tanto sociológicas, con sus vecinos horticultores.

Escapar a las determinaciones ambientales no era habitual pues, aún cuando no sabemos con exactitud cómo sus influencias se desagregan y/o aglutinan para actuar sobre los grupos del Orinoco, nosotros podemos asumir algunas asociaciones que nos hablan de su influencia. Así, a medida que nos acercamos a la varzea, aumenta la densidad demográfica; en contraste, ella tiende a disminuir a medida que nos acercamos al igapó.³⁰ Además, aceptamos que ella disminuye cuando se pasa de las riberas de los ríos hacia las regiones interfluviales.

Es importante destacar que hablamos de asociaciones y tendencias y no de determinaciones absolutas. Así, la tasa de disminución de la densidad de población a medida que se remonta hacia el área de recolección de aguas de un río, puede, verse abruptamente interrumpida al llegar a los primeros raudales donde la densidad de población puede aumentar en virtud de la riqueza íctica de estos biotopos, tal como lo demuestra Chernela (1985: 82, 84-86) para el caso de los Uanano del Vaupés, y ser mayor que aquella de regiones más cercanas a su desembocadura. Incluso, podemos suponer que algunos asentamientos estratégicos por el rol cumplido en el entramado mercantil, o desde el punto de vista ritual, podían también sobrepasar la densidad promedio del área ocupada, e, incluso de la subcuenca.

³⁰ Las varzeas son las planicies de inundación y los territorios altos asociados a los ríos de aguas blancas como el Orinoco, el Guaviare, el Meta y el Apure. Los igapós refieren a la misma realidad geográfica, pero referida a los ríos de aguas negras como el Matavení, el Sipapo, el Vichada, el Parguaza, el Sinaruco y el Cuchivero.

La alta densidad demográfica de la varzea dependía de la enorme riqueza biótica de los ríos de aguas blancas, riqueza que hoy se muestra diferente por la disminución notable de recursos como el caimán, la tortuga y el manatí. En efecto, la proteína animal proveniente de la cacería en tierra firme, difícilmente hubiera podido suplir los requerimientos de una población importante.

El volumen y la diversidad de la biomasa asociada a los ríos disminuye a medida que se remontan, que las condiciones físico-químicas del agua cambian, que los accidentes geográficos imponen límites a la riqueza de la población de peces y que la velocidad del agua aumenta (Mansutti 1988: 16-17). En estos casos, la asociación entre el hombre y el tipo de recursos consumidos cambia y la proteína animal proveniente de tierra firme se hace más frecuente en el consumo. Dado que los recursos cínegéticos son siempre escasos, un aumento de la población sólo puede darse si se importa proteína animal, y/o por el consumo de fuentes animales alternas y abundantes como insectos, batracios y reptiles, y/o por la ingestión de proteína vegetal substitutiva (nuez de brasil, frutas de palmeras, etc.). Sin embargo, el mejor de los escenarios posibles de esta hipótesis nos indica que el margen de maniobra sería limitado, ya que la utilización intensiva de estos medios no parecen garantizar adecuadamente los suministros que aseguren la reproducción de una población similar a la de varzea.

Probablemente, los procesos de trabajo en tierra firme eran más individualizados que en la varzea, pues en el bosque tropical interfluvial y en las sabanas llaneras, hay una dispersión importante de recursos de pequeñas dimensiones que empujan a sus depredadores a disgregarse para su localización. En contraste, el control de las aguas en la varzea, cuando es social y geográficamente posible, o el aprovechamiento de ingentes recursos allí localizados como los huevos de tortuga o la captura de grandes peces, caimanes y manatíes, imponen la inversión de fuerza de trabajo colectiva. Este es un interesante punto a explorar.

Resumiendo, podemos postular cómo se expresaban en el Orinoco Medio las correlaciones entre la densidad de población y las diferentes regiones. Así, aquella en las varzeas de las cuencas medias y bajas de los ríos Apure y Arauca > que aquella del medio y bajo Meta > que la de la varzea derecha del Orinoco > que la de los igapó llaneros > que la de la varzea del Guaviare > que la de los igapó de los ríos Atabapo, Sipapo y Catanlipo > que la de los igapó de los ríos Parguaza y Cuchivero > interfluvio llanero > que interfluvio selvático. Así mismo, había una tendencia firme por la cual la densidad de población en la cuenca de recolección era menor que en la de transporte.

La comparación, de lo que resulta luego de la aplicación de los principios enumerados, nos permite afirmar que, en el Orinoco Medio, la densidad de población en la varzea llanera era > que la de la varzea

selvática y que este mismo parámetro, es mayor en los igapós llaneros que en los selváticos. Tenemos entonces que, manteniendo todos los demás parámetros iguales, la ocupación del llano es más densa que la de la selva.

Cuando estas asociaciones no se cumplían era porque intervenían factores ajenos al tipo de siembra o de hábitat. Así, la posición estratégica de un sitio, la presencia de vías de comunicación (ríos navegables o caminos), los centros de almacenamiento o de producción de mercancías o servicios importantes, los rápidos, y las áreas pertenecientes a núcleos de población convenientemente alejados de la violencia inter-societaria, también podían servir como atracción de población.

La guerra era el factor social interventivo más importante de la escala de distribución poblacional luego de la tecnología sugerida. Nosotros proponemos, que la tierra estaba ocupada de acuerdo a un mecanismo por el cual se alcanzaba el límite máximo de densidad de población en los núcleos de las áreas habitadas por una alianza de grupos locales, pertenecientes o no a la misma etnia; y que ella tendía a disminuir hasta caer substancialmente en las regiones en litigio o cercanas a grupos enemigos. De esta manera se constituían los "no man lands", regiones de transición entre agrupaciones vecinas pero enemigas,³¹ donde no había población o sólo se ubicaban aquellos grupos marginales que se veían forzados a arriesgar su sobrevivencia al no encontrar opciones mejores de asentamiento.

Este mecanismo regulador actuaba en todas partes y sus efectos sobre la distribución de la población eran directamente proporcionales a la intensidad de la violencia.³² Así mismo, se adaptaba a las circunstancias económicas y ambientales locales: en las regiones abiertas y accesibles, la alta densidad de población y la siembra del maíz, empujaban hacia un modelo de asentamiento concentrado y estable con superficies de cultivo ocupando las áreas abandonadas por las crecientes en lagunas y riberas próximas a los sitios de habitación, todo lo cual facilitaba la defensa colectiva en un medio donde es-

³¹ Estamos conscientes que estas tendencias pueden ajustarse mejor a los llanos o a las regiones selváticas de fácil acceso sometidas al rigor de guerras frecuentes y altamente ritualizadas, en las que una cierta concentración de la población podría ser una estrategia defensiva idónea, mientras que ello no sería evidente si se trata de grupos de alta dispersión territorial que habitan regiones de difícil penetración. Proponemos, a partir del relato de la primera expedición de Federmann (1985) que las áreas vacías alcanzaban un diez por ciento de la totalidad del territorio.

³² Al respecto es interesante retomar los casos de los Piaroa y de los Yanomami. En el primero, la violencia actual es sólo simbólica, expresada en el shamanismo de agresión, pero efectiva a la hora de ser tomada en consideración para las mudanzas (Mansutti 1987b; 1991). En el segundo caso, la guerra es endémica y los raid frecuentes. La mayor frecuencia de éstos en la periferia, empujan hacia la expansión territorial al verse obligados los grupos locales más débiles a poner tierra de por medio en relación con sus agresores (Alés 1984: 104-105).

condensarse era difícil. Los horticultores itinerantes, en estas condiciones, debían ver restringidas sus opciones de reubicación periódica.

La otra estrategia de utilización del espacio en los llanos estaba representada por los grupos de cazadores y recolectores nómadas, que ocupaban y aprovechaban los recursos de regiones marginales para los horticultores. Su defensa era la movilización permanente.

En contraste, las estrategias de utilización del espacio selvático enfatizaban la dispersión de la población en asentamientos de pequeñas dimensiones, la concentración de los sitios de residencia y producción agrícola que generalmente eran vecinos, y el mantenimiento de sitios de residencia alternativos. Todos estos son, además de estrategias adaptativas a las limitaciones ambientales, hábitos defensivos que lucen suficientemente adecuados en el marco de una selva tropical cerrada, donde descubrir pequeñas poblaciones no es fácil. Tal actitud era aún más útil si se trataba de poblaciones con destrezas guerreras menos desarrolladas que las de sus vecinos. El nomadismo absoluto en selva y sin agricultura no parece haber existido, aun cuando había grupos horticultores más móviles que otros, como los Mako-Wirö quienes, a decir de los Piaroa, tenían pequeños sembradíos y no paraban.

En conclusión, la necesidad de defenderse era prioritaria a la hora de tomar decisiones en dónde vivir y ello implicaba tratar siempre de escoger como sitio de residencia aquellos "mejor protegidos", lo cual podría significar allí donde vive el mejor guerrero y/o shamán, el sitio donde se concentra la mayor cantidad de gente hábil para defenderse, un lugar alto y protegido o, en el extremo contrario, aquel que es inaccesible o poco visible. Lo más probable es que fuera una combinación de varios de estos u otros factores.

De todo lo dicho se desprende que la tecnología, las maneras de gestionar los recursos, la dialéctica cooperación-agresión, la definición de los recursos y de los no-recursos son, junto con las limitaciones impuestas por el ambiente, parte integral del conjunto de las condiciones que perfilan el volumen de población mantenible en un ambiente particular durante un período histórico preciso. Ello explica que recursos importantes, fértiles tierras de varzea o sitios sagrados, pudieran mantenerse al margen de la explotación directa del hombre.³³

³³ Es evidente que los conflictos (shamánicos o militares) presionaban hacia la conformación de áreas no ocupadas que devenían sitios de refugio para los animales y plantas y que podían fungir como centros de dispersión hacia las áreas explotadas; sin embargo, ello no autoriza a pensar que esto fuera previsto *ex-profeso*. La reproducción de un sistema social es siempre el resultado de una confluencia de factores entre las que se encuentran los efectos de prácticas que hoy valoramos negativamente, sin que ellas formasen parte de una estrategia, entendida ésta como la organización consciente de medios orientados a la consecución de un fin preestablecido. En esencia, se corre el riesgo de confundir un efecto con la causa misma del fenómeno, pues es tentador pensar en la guerra, o cualquier otra

Concluyendo, estamos en presencia de un territorio ocupado diferentemente, en el que áreas densamente pobladas estaban seguidas por otras vacías y del mismo tipo. Por supuesto, este esfuerzo de estandarización, buscando hacer visible y manipulable el modelo, no desconoce estas evidencias.

Conclusiones

El espacio no es un hecho natural independiente del hombre y menos aun lo son los ecosistemas que en él se encuentran. De hecho, sus atributos muestran siempre las trazas del accionar humano. Balée (1989: 14-15), por ejemplo, ha mostrado que un 11,8% de la selva amazónica fue severamente transformada por las prácticas hortícolas aborígenes y nosotros hemos tenido la oportunidad de ver inmensos campos de seje (*Jessenia bataua*) en las cabeceras del río Suapure (Venezuela) que son difíciles de imaginar como naturales. Así mismo, quien ha trabajado con indígenas es constantemente informado de la existencia de sitios de asentamiento abandonados por la presencia de vestigios de antiguos conucos, generalmente árboles y palmeras.

En consecuencia, el espacio y sus ecosistemas no pueden ser pensados como el único elemento dinámico y actuante en las relaciones que se establecen entre el indígena y su entorno, y mucho menos como conjuntos de variables independientes de las sociedades indígenas que los usufructan. El aborígen no sólo se ajusta a las restricciones impuestas por el ambiente; él también las regula cuando ello está en sus manos.

La irregular y heterogénea ocupación humana del espacio en el Orinoco Medio no puede ser explicada por las restricciones ambientales solamente. La revisión que venimos de hacer nos muestra que en ella influían, además de las condiciones abióticas y bióticas de los diferentes entornos, los mecanismos sociológicos relacionales, y los paquetes tecnológicos. Entre los expuestos por nosotros destacan la intensidad y frecuencia de las relaciones de reciprocidad negativa y positiva como la guerra y la alianza, la definición de la alteridad, las redes mercantiles y los intercambios matrimoniales, el tipo de horticultura practicada y los bienes principales producidos. Lamén-

institución social de causalidad compleja, como originada por un hecho visible y medible, más aun cuando el efecto asume la forma de causa indirecta. Así, si la guerra implica espacios vacíos que implican áreas de refugio y dispersión, entonces es fácil concluir que la guerra es un mecanismo adaptativo causado por la escasez de recursos animales (¿proteínas?) ya que ella permite la creación de áreas de refugio y dispersión de fauna que de otra manera estarían explotadas. Este mismo argumento puede aplicarse a las teorías que ven en el efecto regulador de las guerras sobre la población una causa de su existencia (Harris 1984: 111).

tablemente no tuvimos medio para cuantificar su peso específico por la mala calidad de los datos.

La evidencia de la eficacia de estos factores sobre la distribución diferencial de la población no excluye y, al contrario, deja presuponer la posibilidad de que otros elementos como la epidemiología, las vías de comunicación, la fecundidad, y la representación del territorio y sus recursos, también hayan tenido impactos notables.

Resumiendo, el análisis del poblamiento en el Orinoco Medio demuestra:

- 1) Que estamos frente a un sistema abierto y extenso de relaciones sociales en el que la sola constatación de restricciones ambientales no es información suficiente para concluir las respuestas adaptativas de sus pobladores. La oferta diferencial de bienes, la necesidad de mantener relaciones cordiales en el marco de conglomerados vecinales³⁴ y/o supravecinales, y la puesta en juego de ingeniosos mecanismos de captación de recursos (cfr. la quiripa) por el otro, estimulaban el funcionamiento de redes de transferencia de recursos que mitigaban el peso de las restricciones ambientales locales en el moldeo del perfil socio-cultural.
- 2) Que el peso variable de los múltiples factores actuantes producían un panorama poblacional heterogéneo y contrastado, por el cual áreas densamente pobladas eran vecinas de zonas vacías o pobremente ocupadas cuando ambas podían ser clasificadas como pertenecientes al mismo tipo de hábitat.

Ambas conclusiones nos permiten plantear la posibilidad de que estemos frente a una realidad socio-cultural en la que toda aproximación determinista del analista puede conducir a proposiciones reduccionistas, ontogénicamente castradas de pertinencia analítica. En contraste presumimos una realidad compleja, caracterizada por el accionar de variables con pesos específicos notables pero incapaces de explicar el poblamiento por sí solas. Es necesario, por tanto, revisar todas las estimaciones demográficas que sólo han tomado en consideración factores ambientales.

Así mismo, los resultados de esta exploración nos permiten un nuevo acercamiento a la dinámica del despoblamiento que ocurre por

³⁴ En artículo reciente (Mansutti 1993), demostramos que el funcionamiento de un sistema de parentesco basado en la estructuración de clases de parientes a partir de criterios generacionales, impone a sus agentes la necesidad de relacionarse con unidades sociales externas al grupo local, a fin de regular la distribución de los individuos pertenecientes a una misma generación genealógica en la pirámide de edades. Quiere decir ello, que el funcionamiento del sistema de parentesco impone prácticas exogámicas que seguramente estaban acompañadas por intercambios de otros tipos. Agréguese a ello las pulsiones a la alianza provenientes de los conflictos.

las epidemias, el esclavismo y la desorganización del sistema de interdependencia regional del Orinoco. En efecto, las características del poblamiento, de sus encadenamientos y de sus contradicciones, son la materia prima sobre la cual se enrumbarán las enfermedades infecto-contagiosas y los buscadores de esclavos que terminarán desajustando el sistema. No nos parece aleatorio que sólo hayan sobrevivido al despoblamiento grupos que tenían patrones de asentamiento dispersos y/o nómadas (Guahibo, Mako-Wirö, Hoti, Panare, Mapoyo, Yabarana, Puinavi y Piaroa) o que los adquirieron a consecuencia del contacto (Sáliva y probablemente Yaruro).

Si contrastamos el sistema de interdependencia regional del Orinoco existente antes de la debacle con aquel que aparece a finales del siglo XVIII, se evidencia un empobrecimiento sustancial de la riqueza y complejidad de las manifestaciones culturales que de ellos participaban. En efecto, un siglo después del asentamiento de los jesuitas y a casi tres de la implantación europea en Cubagua, habían desaparecido las grandes poblaciones de indios horticultores de maíz. Igualmente, el sistema comercial tendía a simplificarse con la aparición de los centros occidentales como polos hegemónicos de intercambio comercial. Sobrevivían sólo grupos de tierra firme o de igapós que pueden informarnos poco sobre las estrategias de aprovechamiento de los recursos de la varzea.

También es posible que los sobrevivientes hayan simplificado sus estrategias intra e interétnicas frente a la abundancia del territorio dejado libre por la desaparición de la población ancestral. Siendo ello así, podemos suponer que los pueblos indígenas de la proto-historia orinoquense tuvieron una enorme riqueza de relaciones socio-ambientales de la que sus actuales herederos son una versión restringida y probablemente simplificada.

Resumen

En base a los datos aportados por las crónicas y otras fuentes de los siglos XVI, XVII y XVIII, se propone un escenario para la distribución de la población indígena sobre el territorio del Orinoco Medio durante el período previo al establecimiento de las misiones jesuitas en 1681. Se plantea que, en la región bajo estudio, la población llanera era mayor por unidad de superficie que la población de selva húmeda tropical si comparamos sitios de ambos ambientes que hubieran sido similares en variables como son la calidad y color de los ríos, la altitud sobre el nivel del mar y la cercanía al cauce principal. Igualmente se concluye que sobre la densidad demográfica y el patrón de asentamiento actuaban factores autónomos frente a las restricciones ambientales como la guerra y la complejidad de los sistemas de distribución de bienes y servicios, además de otros factores demográficos y sociológicos para los cuales queda abierto al debate el peso de su influencia.

Abstract

Based on the data provided by chronicles and other sources of the 16th, 17th and 18th centuries, a reconstruction of the possible distribution of the indigenous population in the Middle Orinoco during the period just prior to the establishing of the Jesuit Missions in 1681 is presented. Proposed is that the llanos population of this particular region under study was greater per unit surface area than that of the tropical rain forest when taking into account those environments that would have been similar in such variables as the quality and color of the rivers, elevation above sealevel, and the proximity to the main stem. The article concludes by showing that population density and settlement patterns were not so much affected by environmental restrictions as they were by autonomous factors such as war and complexity in the distribution of goods and services together with other demographic and sociological factors which are still open for debate.

Bibliografía

- Aguado, Fr. Pedro de
1915 Historia de Venezuela. Caracas: Imprenta Nacional.
- Alès, Catherine
1984 Violence et ordre social dans une société amazonienne. Les Yanomami du Venezuela. *Etudes Rurales* 95-96: 89-114.
- Alès, Catherine & Michel Pouillon
1992 La conquete de l' inutile. Les géographies imaginaires de l' El Dorado. *L' Homme* 122-124, XXXII, (2-3-4):271-308.
- Anónimo
1988 Actas de las tomas de posesión efectuadas por la expedición española de 1593. En: *El Mito de El Dorado*. D. Ramos (ed). Pp. 651-662. Madrid: Colegio Universitario de Ediciones Itsmo.
- Balee, William
1989 The culture of amazonian forests. En: *Resource management in Amazonia: indigenous and folk strategies*. Posey D. A & W. Balee (ed). *Advances in Economic Botany* 7: 30-62. 1-21. New York: The New York Botanical Garden.
- Beckerman, Stephen
1979 The abundance of protein in Amazonia: A reply to Gross. *American Anthropologist* 81: 533-560.
- Berrío, Antonio de
1988 Relación de lo sucedido en el descubrimiento de Guayana y Manoa y otras ProbinCIAS que estan entre el rrio Orinoco y Marañon después quel Gobernador Antonio de Verrío

- salio a la Margarita y volvió a entrar para las acavar de descubrir, es lo siguiente. En: *El Mito de El Dorado*. D. Ramos (ed), Pp. 665-667. Madrid: Colegio Universitario de Ediciones Itsmo.
- Bonneuil, Noel
 1991 *Reconstruction et dynamique des populations du passé*. Tesis de doctorado. Paris: EHESS.
- Borah, Woodrow
 1970 *The historical demography of aboriginal and colonial America. An attempt at perspective*. En: *The native populations of the Americas in 1492*. W. Denevan (ed). Pp. 13-34. Wisconsin: The University of Wisconsin Press.
 1976 *The Historical Demography of Latin America: Sources, techniques, controversies, yields*. En: *Population and Economics*. Paul Deprez (ed). Pp. 173-205. Winnipeg: University of Manitoba Press.
- Carvajal, Jacinto de
 1985 *Descubrimiento del río Apure*. Madrid: Historia 16.
- Castellanos, Juan de
 1886 *Historia del Nuevo Reino de Granada*. Madrid: Imprenta de A. Pérez Dubrull.
- Caulín, F. Antonio
 1966 *Historia de la Nueva Andalucía*. 2 Vols. Caracas: Biblioteca de Academia Nacional de la Historia N° 81-82.
- Chernela, Janet M.
 1985 *Indigenous fishing in the neotropics: The tukanoan uanano of the blackwater Uaupes river basin in Brazil and Colombia*. *Interciencia* 10,2:78-86.
- Civrieux, J. M.
 1976 *Los Caribes y la conquista de la Guayana española (Etnohistoria Kariña)*. *Montalbán* 3:371-471.
- Clastres, Pierre
 1974 *La société contre l'état*. Paris: Les Editions de Minuit.
- Colmenares, German
 1970 *La Provincia de Tunja*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Cook, Sherburne
 1976 *The population of the Californian Indians*. Berkeley: University of California Press.
- Cook, Sherburne F. & Woodrow Borah
 1971 *Essays in Population History*. 3 vols. Berkeley: University of California Press.
- Denevan, William M.
 1966 *A cultural-ecological view of the former aboriginal settlement in the amazon basin*. *The Professional Geographer* XVIII: 436-351.

- 1970 The aboriginal population of Tropical America: Problems and methods of estimation. En: *Population and Economics*. Paul Deprez (ed.). Pp. 251-269. Winnipeg: University of Manitoba Press.
- 1976 The aboriginal population of Amazonia. En: *The native populations of the Americas in 1492*. William M. Denevan (ed). Pp. 205-234. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Dobyns, Henry F.
- 1966 Estimating aboriginal american population. An appraisal of techniques with a new hemispheric estimate. *Current Anthropology* 7(4):395-416.
- Federmann, Nicolás
- 1985 Relación del primer viaje a Venezuela. En: *Alemanes en América*. L.E. Lopez (ed). Pp. 40-126. Madrid: Historia 16.
- Fernandez de Oviedo, Gonzalo
- 1992 *Historia general y natural de las Indias*. 3 vols. Madrid: Ediciones Atlas.
- Friede, Juan
- 1958 Itinerario de la expedición. En: *Historia Indiana*. Nicolás Federman. Pp. 129-140. Madrid: Aro Artes Gráficas.
- Gil, Juan
- 1989 *Mitos y utopías del descubrimiento*. 3. El Dorado. Madrid: Alianza Universidad.
- Gilij, F. Salvador S.J.
- 1965 *Ensayo de historia americana*. 3 vols. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia N° 71, 72 y 73.
- Gonzalez Oropeza, Herman (S.J.) & Manuel Donis Rios
- 1989 *Historia de las fronteras de Venezuela*. Caracas: Cuadernos Lagoven.
- Gumilla, Joseph
- 1745 *El Orinoco ilustrado y defendido, historia natural, civil y geográfica de este gran río, y de sus caudalosas vertientes...* Madrid: Manuel Fernández Impresor.
- 1963 *El Orinoco ilustrado y defendido*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia N° 68.
- 1988 *El Orinoco ilustrado y defendido, historia natural, civil y geográfica de este gran río, y de sus caudalosas vertientes...* Valencia: Generalitat Valenciana.
- Harris, Marvin
- 1984 A cultural materialist theory of band and village warfare: The Yanomamo test. En: *Warfare, culture and environment*. Brian Ferguson (ed). Pp. 111-140. Academic Press.

- Henley, Paul
- 1983 Los Wanai (Mapoyo). En: Los Aborígenes de Venezuela II. W. Coppens & B. Escalante (eds). Pp. 217-241. Caracas: Fundación La Salle.
- 1988 Los E'ñepa. En: Los Aborígenes de Venezuela III. W. Coppens & B. Escalante (eds.). Pp. 215-311. Caracas: Flasa - Monte Avila.
- Herrera, Alonso de
- 1730 Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme de la mar oceano. 3 vols. Madrid: Oficina de Nicolás Rodríguez Franco.
- Hopkins, Donald R.
- 1983 Princess and peasants: smallpox in history. Chicago: University of Chicago Press.
- Humboldt, Alejandro de
- 1956 Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente. 5 vols. Caracas: Biblioteca Venezolana de Cultura.
- Jaramillo Uribe, Jaime
- 1964 La población indígena de Colombia en el momento de la conquista. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura I (2):239-293.
- Kroeber, Alfred
- 1939 Cultural and Natural areas of native North America. Berkeley: University of California Press.
- Mansutti, Alexander
- 1986 Hierro, barro cocido, curare y cerbatanas. El comercio intra e interétnico entre los Uwotjuja. Antropológica 65: 3-75.
- 1987(a) Enfermedad y muerte en un sector del Escudo Guayanés durante los siglos XVII y XVIII. Ponencia presentada en el marco del I Seminario Taller sobre los aspectos antropológicos y sociológicos de la Atención Primaria de Salud en el Territorio Federal Amazonas. Puerto Ayacucho: CAICET. octubre de 1987.
- 1987(b) Lau. La Iglesia en Amazonas 37: 22-26.
- 1988 La pesca entre los piaroas (Uwotjuja) del Orinoco y la Cuenca del Sipapo. Memoria de la Sociedad de Ciencias de La Salle XLVIII (130): 30-39.
- 1990 Los Piaroa y su Territorio. Documento de Trabajo N°8. Caracas: CEVIAP.
- 1991 Sans guerriers il n'y a pas de guerre. Etude sur la violence chez les piaroa du Venezuela. Memoria de DEA. Paris: Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- 1993 Edad, generación y matrimonio entre los Piaroa de la Cuenca del Sipapo (Venezuela). Boletín Antropológico 27: 51-67.

- Martínez Rubio, Juan (S.J)**
 1966 Relación del estado presente de las misiones que llaman de los Llanos y el Orinoco, con ocasión de que el Padre Vicente Loverzo fue muerto allí a manos de los infieles. En: Documentos Jesuíticos I. José del Rey (ed). Pp. 145-168. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- Mattei Müller, Marie Claude & Paul Henley**
 1990 Los Tamanaku: Su lengua, su vida. San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira.
- Meggers, Betty J.**
 1971 Amazonia: Man and culture in a counterfeit paradise. Chicago: Aldine Atherton.
- Merbs, Charles F.**
 1992 A New World of infectious disease. Yearbook of physical anthropology. 35: 3-42.
- Mercado, Pedro de**
 1966 Historia de la provincia del Nuevo Reino y Quito de la Compañía de Jesús. En: Documentos Jesuíticos I. José del Rey (ed). Pp. 1-141. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.
- Mora Camargo, Santiago**
 1986/8 Cataruben: Una aproximación a los Achagua. Revista Colombiana de Antropología. 26: 83-107.
- Morales Mendez, Filadelfo**
 1979 Reconstrucción etnohistórica de los Kartña de los siglos XVI y XVII. Tesis de M. Sc. Caracas: CEA-IVIC.
- Morey, Nancy O.**
 1975 Ethnohistory of the Colombian and Venezuelan Llanos. Tesis de Ph. D. Salt Lake City: University of Utah.
 1976 Ethnohistorical evidence for cultural complexity in the western llanos of Venezuela and the eastern llanos of Colombia. Antropológica 45: 41-69.
- Morey, N. & R. Morey**
 1973 Foragers and farmers: differential consequences of spanish contac. Ethnohistory 20 (3): 229-246.
 1980 Los sálivas. En: Los Aborígenes de Venezuela I. Caracas: 241-306. Fundación La Salle.
- Morey, Robert V. & Nancy C. Morey**
 1975 Relaciones comerciales en el pasado en los Llanos de Colombia y Venezuela. Montalbán 4: 553-564.
- Morey, Robert V.**
 1979 A joyful harvest of souls: disease and the destruction of the llanos indians. Antropológica 52:77-108.

- Ojer, Pablo
- 1960 Don Antonio de Berrío. Gobernador del Dorado. Caracas: UCAB.
- 1966 La formación del Oriente venezolano. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Perera, Miguel Angel
- 1982 Patrones de asentamiento y actividades de subsistencia en el Territorio Federal Amazonas, Venezuela. Tesis de Ph.D. Bristol: Universidad de Bristol.
- 1986 Sobre el tamaño de la población precolombina del Territorio Federal Amazonas y su evolución demográfica. Montalbán 17:155-173.
- Poeck, Gaspar
- 1974 Misión del río Orinoco en el Nuevo Reino, 1684. En: Documentos Jesuíticos II. José del Rey (ed). Pp. 168-190. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia N° 118.
- Pontes, Alonso de
- 1960 Relación hecha por Alonso de Pontes de su jornada al río Meta (1583). En: Don Antonio de Berrío, Gobernador del Dorado. P.Ojer (ed). Pp. 177-186. Caracas: UCAB.
- Raleigh, Walter
- 1988 The Discovery. En: El mito de El Dorado. D. Ramos (ed). Pp. 497-644. Madrid: Colegio Universitario de Ediciones Itsmo.
- Ramos, Demetrio
- 1988 El mito de El Dorado. Madrid: Colegio Universitario de Ediciones Itsmo.
- Ribeiro, Darcy
- 1977 Fronteras Indígenas de la Civilización. 2 ed. México: S. XXI eds.
- Rivero, Juan S.J.
- 1883 Historia de las misiones de los llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta. Bogotá: Imprenta de Silvestre y CIA.
- 1956 Historia de las misiones de los llanos de Casanare y los ríos Orinoco y Meta. Biblioteca de la Presidencia de Colombia, 23. Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones.
- Roosevelt, Anna C.
- 1980 Parmana: Prehistoric maize and manioc subsistence along the Amazon and Orinoco. New York: Academic Press.
- 1989 Resource Management in Amazonia before the Conquest: beyond ethnographic projection. En: Possey D.A. & W. Balee (eds). En: Resource Management in Amazonia: indigenous and folk strategies. Pp. 30-62. Advances in Economic Botany 7:30-62. The New York Botanical Garden.

- Rosenblat, Angel
 1954 Las poblaciones indígenas y el mestizaje en América. 2 Vols. Buenos Aires.
- Ruiz Maldonado, Diego
 1964 Viaje por los ríos Casanare, Meta y Orinoco de Santa Fe de Bogotá a Guayana y Trinidad realizado en los años 1638-39 por Diego Ruiz Maldonado. En: Relaciones Geográficas de Venezuela. Antonio Arellano Moreno (ed). Pp.333-360. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia N° 70.
- Sanoja Obediente, Mario
 1979a Los hombres de las yuca y el maíz. Caracas: Monte Avila Editores.
 1979b Las culturas formativas del Oriente de Venezuela. La tradición Barrancas del Bajo Orinoco. Caracas: Biblioteca de las Academia Nacional de la Historia.
- Simon, Fr. Pedro
 1882 Noticias historiales de la conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales. Vol. I. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas.
- Solano, Josef
 1954 Viaje del Exmo. Señor D. Josef Solano Marqués del Socorro de la provincia de Guayana; siendo Capitán de Fragata de la Real Armada y comisionado por Estado con D. Josef de Iturriaga Jefe de Escuadra, D. Eugenio de Alvarado Marqués de Taveloso; Coronel de Infanteria y D. Antonio de Urrutia Capitán de Navio, para efectuar los acordados límites de los dominios del Rey y del Rey Fidelísimo, en la parte Septentrional de la América Meridional. En: Relaciones Geográficas de la Gobernación de Venezuela 1767-1768. D. Angel Altoaguirre y Duval (ed). Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República.
- Sparri, Francisco
 1988 Memorial del servicio que haze el capitán Francisco Sparri, Yngles, preso en la carcel desta Villia de Madrid, a su Magestad, de ochociento mil ducados y descubrimiento de los reinos que confinan con el rio de Orinoco en las Yndias, que todo lo ha ofrecido a su Magestad por mano del Licenciado Miguel de Heredia, cura del ospital general desta Villa de Madrid, el qual dize ansí. En: El mito de El Dorado. D. Ramos (ed). Pp 671-677. Madrid: Colegio Universitario de Ediciones Itsmo.
- Steward, Julian H.
 1949 The native population of South America. En: Handbook of South American Indians. Vol 5. Comparative Ethnology.

- J.H. Steward (ed): 665-668. Washington: US Government Printing Office.
- Steward, Julian H. & Louis Faron
 1959 Native peoples of South America. New York: McGrawHill Book Co.
- Tapia, Matías de S.J.
 1966 Mudo lamento de la bastísima y numerosa gentilidad que habita las dilatadas márgenes del caudaloso Orinoco, su origen y sus vertientes, a los piadosos oídos de la majestad Católica de las Españas, nuestro señor, Don Phelipe Quinto (que Dios guarde). En: Documentos Jesuíticos I. José del Rey (ed). Pp. 169-213. Caracas: Biblioteca de las Academia Nacional de la Historia N° 79.
- Tarble, Kay
 1985 Un nuevo modelo de expansión Caribe para la época Prehispánica. Antropológica 63-64: 45-81.
- Tavera Acosta, B.
 1954 Anales de Guayana. Caracas: Gráficas Armitano.
- Vega, Agustín de
 1974 Noticia del principio y progresos del establecimiento de las misiones de gentiles en el río Orinoco, por la Compañía de Jesus, con la continuacón, y oposiciones que hicieron los Carives hasta el año de 1744 en que se les aterro, y atemorizo, con la venida de unos Cabres traydos, que se hávencindaron en Cabruta. Lo que para mejor inteligencia iremos contando por los años, en que se establecieron dichas misssiones, y lo que en cada una passó, cómo passó, la cual relación haze un testigo de vista que lo que ha andado todo por si mismo muchas vezes, religioso de la misma Compañía. En: Documentos Jesuíticos II. José del Rey (ed). Pp. 3-149. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia N° 118.
- Whitehead, N.L.
 1990 The snake warriors-sons of the tigers-teeth: a descriptive analysis of carib warfare, ca 1500-1820. En: The anthropology of war. J. Haas (ed).Pp. 146-171. Cambridge: University Press.
- Zucchi, Alberta
 1985 Evidencias arqueológicas sobre grupos de posibles lengua Caribe. Antropológica 63-64:23-44.

Universidad Nacional Experimental de Guayana
Centro de Investigaciones Antropológicas de Guayana
Prolongación calle Venezuela
Casa de Las Doce Ventanas
UNEG, Ciudad Bolívar
Apdo 16, 8001-A
e-mail: amansutt@dino.conicit.ve
Venezuela
